

LA RUTA DE SINGAPORE

L
C

Edici

EDIVADO POR LA C

a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 45551 - BARCELONA

La ruta de Singapore

Novela de aventuras.

Producción NON PLUS ULTRA
METRO-GOLDWYN-MAYER



Distribuida por:
METRO-GOLDWYN-MAYER IBERICA, S. A.
Calle Mallorca, núm. 220
BARCELONA

Argumento narrado por ANDRÉS BAYON

INTÉRPRETES

JOAN CRAWFORD, RAMÓN NOVADRO,
ERNEST TORRENCE, etc.

LA RUTA DE SINGAPORE

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Corría el año 1857...

Los Shore habían sido siempre marinos. Ya desde lejanas épocas dominaron el mar, embarcándose hacia rutas desconocidas. De modestos pescadores se habían convertido con el transcurso del tiempo, en armadores de una fragata, de esbeltas y graciosas formas.

Todo el mundo les respetaba en el pueblo admirando su bravura, sus grandes conocimientos náuticos y su serenidad ante el peligro.

Cuando pasaba el viejo Jeremías Shore, anciano de cerca de setenta años, tronco robusto de cuatro hijos, fuertes como robles,

las gentes se descubrían como ante una autoridad.

Jeremías había sido un viejo lobo de mar que diera varias veces la vuelta a la tierra. Ahora llevaba ya unos años de descanso en su país natal, dejando que fueran sus hijos los que le sustituyeran en los viajes.

El mayor era el capitán de la fragata, hombre valiente y curtido ante las tempestades, que más de una vez estuvo a punto de naufragar en los ciclones de la travesía, pero que, experto y sereno, mantenía a flote el viejo barco.

Otros dos hermanos le ayuda-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

ban en las tareas de la nave, ejerciendo de oficiales.

Un sentimiento fraternal les unía a todos, y sobre las necesarias categorías jerárquicas, flotaba siempre el espíritu familiar.

Joel era el hermano pequeño, el benjamín de la familia. Había cumplido apenas diez y ocho años y ya soñaba con hazañas que emularan y superasen si era posible las ejecutorias de su escudo.

Su mayor deseo hubiera sido embarcar en la fragata. Pero siempre que mostró este anhelo, chocó con la frialdad de su padre y de sus hermanos y con sus burlas mortificantes.

—Eres muy niño aun...

Y otra vez el barco emprendía un nuevo viaje dejando al benjamín en el pueblo.

Pero ya que no podía librar verdaderas aventuras en el mar, en encuentros con barcos corsarios que en aquel año de gracia infestaban aún determinadas costas, se hacía la ilusión de que era un héroe de novela, encaramándose por las oxidadas verjas de un velero abandonado en la playa.

De pie sobre el botalón de proa, con una pistola en la mano parecía amenazar a diestro y siniestro a una cuadrilla de piratas mientras lanzaba terribles gritos de enfurecido combatiente.

Tomaba parte activa también en estos juegos una encantadora muchacha llamada María, vecina de Shore.

Esta criatura de ojos azules como llenos de agua de mar se prestaba a ser siempre la heroína que Joel salvaba, la virgen blanca y cristiana que era arrebatada de manos de los corsarios por el capitán de la nave vencedora.

—¡Miserales!—rugía el joven en una actitud de último acto de drama—. ¡Dejad a esa mujer indefensa, si no queréis servir de blanco a mi pistola!

Agujereaba el espacio con imaginarios disparos y luego cogiendo a la bella jovencita, saltaba con ella a la cubierta del barco, diciendo:

—¡Huyamos, María! ¡Cualquier muerte es preferible a caer en poder de esos desalmados!

María volvía finalmente a la

realidad, cansada de la comedia de todos los días.

Una tarde, los dos amigos sentados junto al viejo velero inservible cuyos maderos se tostaban al sol después de haber recorrido todos los mares del mundo, tenían la vista fija en el horizonte azul y desierto que se extendía hasta lo infinito.

—Mi hermano Mark llegará a puerto uno de estos días, y he de conseguir que me lleve a bordo en su próximo viaje—exclamó él.

—No lo has logrado nunca.

—Esta vez no podrá tomar como excusa el que soy demasiado joven. Cumplí el mes pasado diez y ocho años.

—¡Oh, eres ya un viejo!

—Figúrate... ¿Cuántos años tienes tú?

—Diez y seis.

—Hacemos una buena parejita.

Y sonrió ingenuamente, acariciándola con cierta dulzura infantil, exenta de toda malicia amorosa.

Una hora después vieron perfilarse una raya en el horizonte, luego una masa en relieve toda-

vía sin delimitado contorno, más tarde toda la esbelta línea de la fragata de los Shore.

—¡Es el "Nathan Ross"! ¡El barco de mi hermano!—gritó alegremente Joel.

—¡Corramos allá!

—Hace dos años que no ha pisado nuestras playas.

Cogidos de la mano se dirigieron hacia el pequeño puerto a donde ya comenzaban a afluir todos los habitantes, atraídos por el acontecimiento.

La tripulación era oriunda de la villa y toda la gente del pueblo tenía algún pariente más o menos lejano en la fragata.

Era, pues, un día de júbilo.

Atracó majestuosamente la nave con todas sus velas desplegadas. Sobre cubierta estaba formada la tripulación dando grandes gritos de alegría al verse junto a la tierra natal.

Tendida la pasarela, desembarcó primero el capitán Mark, seguido de sus hermanos y de todos los hombres de a bordo.

Ni uno solo se quedaba sin abrazar a alguien. Los que no te-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

nian mujer, abrazaban a las mujeres de los demás con el alegre pretexto de un buen compañerismo provechoso.

El viejo padre no podía contener su emoción al estrechar entre sus brazos a sus tres hijos, ausentes durante tantos meses. Al propio tiempo contemplaba la fragata y sus ojos se humedecían de llanto al recordar sus viajes efectuados en ella, las veces que había atravesado lejanos mares y vuelto a su país, a este puerto donde antes le esperara la dulce esposa, fallecida ya...

¡Cómo cambiaban los tiempos! Pero la nave de dilatada vida seguía conservando su esbeltez, sirviendo ahora de cobijo y sustento para los herederos del antiguo capitán...

Joel, nervioso, inquieto, abriéndose paso entre la multitud, llegó al lado de sus hermanos, abrazándose con intensa ternura.

Todos rieron acariciando el rostro del benjamín, en quien veían siempre el niño mimado, el hermanito menor, alegría de la casa...

Sin embargo, ¡esta vez se llevaban una sorpresa!...

—Mirad, Noah, Matthew— exclamó el capitán Mark—. Nuestro hermano Joel se ha hecho todo un hombre en nuestra ausencia.

Y le golpearon cariñosamente la espalda, haciéndole la merced de tratarle casi como a un igual.

¡Vaya con el chicuelo! Parecía un buen marinero amplio de pecho y con una expresión de robustez y energía en todo él.

Entre las innumerables manos que se tendieron hacia ellos, estaban las de María, el lindo capullo juvenil, una niña antes y que ahora tenía la fragante pompa de un estallido primaveral.

El capitán Mark la contempló con ternura mientras exclamaba:

—María, ¡qué mujercita más bella eres ahora!

La chiquilla se echó a reír mientras unas rosas de rubor teñían de repente sus mejillas.

Era aquella la primera flor lanzada a su nueva condición de muchacha hermosa. Hasta entonces todo el mundo la había tratado

como a una niña. También para ella todo cambiaba ya...

Joel había caído sobre los equipajes de sus hermanos con frenesí de joven pirata y revolvía con intensa voluptuosidad aquellos ropajes exóticos, aquellos recuerdos de otras tierras más allá del mar que él quería recorrer, impulsado por una fuerza atávica.

Envolvióse en un policromado mantón que comprara el capitán Mark en una ciudad del lejano Oriente. Acarició aquellas sedas brillantes y cálidas de un mundo distinto. Pero volvió a ocultarlas todas al ver que se acercaban gru-

pos de vecinos, burlándose de él.

Fué a reunirse de nuevo con su padre y hermanos y juntos emprendieron el camino del hogar.

Les escoltaba todo el pueblo con gritos de júbilo y de alegría...

Pronto quedó la fragata abandonada y cada uno de los tripulantes corrió a su vieja y añorada casona para volver a vivir intensamente, al lado de la esposa, de los padres o de los hijos, los breves días de descanso, de tranquilidad.

Después otra vez a la nave... a ganar su pan.

* * *

Jeremias Shore escribía aquel anochecer en el diario de su vida, donde apuntaba todos los hechos importantes ocurridos desde su juventud:

14 de agosto.

Por primera vez en dos años, mis cuatro hijos Mark, Noah, Matthew y Joel se sentarán junto a mí esta noche en la mesa... Mi alegría paterna se siente colmada al verlos fuertes y buenos a mi lado.

¿Estaremos todos reunidos en otro viaje?

Yo soy ya demasiado viejo para tener demasiadas esperanzas... Ellos, no...

Entraron los cuatro hijos inte-

rumpiendo las memorias del anciano Jeremias.

Les contempló el viejo capitán con orgullo y sus ojos miraron un retrato de la esposa muerta.

—¡Juana!... ¿No estás contenta de nuestra obra?—parecía decir.

Los muchachos bromeaban y contaron a su padre varias historias graciosas que les habían sucedido en el viaje.

¡Sentían unas ganas tan enormes de reír, de bailar, de demostrar la satisfacción que les retozaba en el alma!...

Cogieron a su padre y le hicieron dar unas cuantas vueltas de baile. El buen viejo consintió en realizar aquel esfuerzo superior a sus energías en decadencia.

—Padre—dijo de pronto Joel animado por la alegría y el optimismo que veía en todos los rostros—. Estoy decidido a salir con mi hermano Mark en su próximo viaje.

—¡No... no!...—gritó Jeremías.

—¿Ea que me voy a pasar la vida como un niño?

—Todo llegará... Ahora eres aún un chiquillo que sólo debe preocuparse de jugar—exclamó el hermano mayor.

—Comparado con ti que pasas de los treinta y cinco años, claro que soy un muchacho. Pero así y todo, estoy dispuesto a partir.

—En mi tripulación no hay ninguna vacante de grumete. Y mientras no me demuestre que eres un hombre, no puedes embarcar.

La disputa fué cortada por la presencia de la criada quien anunció con voz potente:

—El señor Crowninshield y su hija María.

Emudecieron rápidamente al ver entrar en el salón a los visitantes.

Todas las miradas coincidieron

en María, la niña de pocos años convertida en maravillosa mujer.

El viejo Shore había invitado a padre e hija a cenar con ellos. Era el señor Crowninshield su antiguo amigo de la infancia y no había fiesta ni fiestecilla a la que no fuera convidado.

Otras veces, los primeros saludos de los marinos eran para el señor Crowninshield y luego para su hijita María.

Ahora se invertía el orden de las cosas y todos corrieron a estrechar la mano a María antes que al señor Crowninshield.

La influencia de la mujer llegaba a sus almas de una manera directa. Especialmente el capitán Mark contemplaba embozado a aquella linda criatura, cuyos ojos tenían un brillo singular, ignorado, magnético...

—¿Qué tal por el mar?—preguntó el padre de María.

—Nunca tan bien como en la tierra—respondió el capitán.

Y volvió a contemplar la fina imagen de María que ahora sonreía a Joel, con guiños infantiles de burla.

Generalizose la conversación y aunque Mark hubiera deseado guardar silencio, poco interesado en contar su viaje, tuvo que hacerlo a ruego de todos y de modo especial de María.

Y explicó los temporales pasados, los cargamentos transportados que habían dejado un bonito beneficio, cierta riña ocurrida a bordo en uno de los puertos del Pacífico entre dos compradores indígenas que se disputaban el honor de ofrecer a la tripulación la mercancía de sus comercios.

Poca cosa más... Agua siempre, a veces mansa como un corderillo; otras rugiente como un león. Y un gran deseo de volver a la patria donde estaba lo mejor de la tierra.

Y estas últimas palabras las pronunció el capitán mirando a María.

En su alma ruda y valerosa acababa de nacer repentinamente el amor. Antes, en anteriores viajes, su padre le había dicho que se fijase en María que pronto estaría en edad de merecer.

—Mi ilusión y la de su propio

padre sería que te casases con ella —le había dicho—. Así nuestra amistad se fortalecería aún más con el rango del parentesco... ¡Ojalá tú o uno de tus hermanos se enamorara de María!

—No pienses en ello, padre, a lo menos por lo que se refiere a mí... Yo apenas tengo juventud; la he perdido ya lastimosamente. Y María es demasiado niña.

Pero las cosas habían cambiado hoy. María era una chiquilla interesante, tan mujer como las más perfectas y soñadas por la imaginación algo romántica del marino.

¡Caramba! ¡Por él no quedaría si aquella boda no iba adelante! Seguro estaba además de que María no iba a rechazar tan gran partido, un hombre de los méritos de él.

Jeremías interrumpió la charla.

—Señores, la mesa está ya servida... Conviene que vayamos a cenar.

Y él mismo abrió la puerta que comunicaba el salón con el comedor.

Los cuatro hijos corrieron a

ofrecer su brazo a María. Aquella era una cena de etiqueta y había que hacer bien las cosas.

La muchacha sonrió al contemplar a los Shore en la misma actitud ceremoniosa. ¿Por cuál decidirse? Seguramente su gusto habría sido ir con Joel, pero temió que los otros hermanos mayores se ofendieran y con razón de aquella preferencia.

Quedaron los hijos amoscados,

pero no pudieron protestar. La preferencia no podía ser mejor. Era el padre, el señor, el viejo tronco del que todos habían nacido...

Mark sonriente estrechó el brazo de Crowninshield; Noah y Matthew emparejaron a su vez, y Joel cerró solo la comitiva, haciéndose la ilusión de que daba su brazo a una hermosa muchacha; a su compañera de juego, María.

Ya en el comedor volvieron a disputarse. Todos descaban sentarse al lado de María, pero ésta decidió estar entre el señor Shore y el hermano mayor. Junto a éste se acomodó Joel.

Era preciso conservar la etiqueta más estricta.

La comida fué alegre y los cuatro hermanos pretendieron a la vez servir a María que les contemplaba admirada y orgullosa de su juventud.

El viejo Shore se disgustó por el alboroto que causaban sus hijos. ¿No podrían moderar un poco su impetuosidad?

Mark escancié su copa y brindó:

—¡A la salud de la mujer más bella que he visto en mi vida!

Y miró a la mujercita cuyas gracias realzaban de modo tan extraordinario.

Joel se burlaba de él procurando molestarle. Le quitaba la comida, le apartaba el vaso, tiraba al suelo su pan.

—Si continúas así, te vas a dormir sin terminar la cena—gritó su padre.

Pero Noah, el segundo de los hijos, intercedió por él.

—No lo trates así, padre. Joel ya es un hombre.

Pero Joel, animado por una sonrisa de María, seguía haciendo de las suyas, llevado de su cabecita loca de pocos años.

Tranquilamente cogió el vaso de su hermano Mark y puso en él, en vez de vino vinagre.

María vió la maniobra y le amenazó moviendo la cabeza. ¡Cuidado que era travieso aquel chico!

Pero nadie más se fijó en la broma... de hiel.

Mark llevó momentos después su vaso a los labios.

Joe y María le contemplaban... ¡Bueno! ¡La que se iba a armar!

Pero el capitán tragó con la mayor tranquilidad el amargo líquido.

No notó la diferencia, acostumbrado a todos los vinos más o menos falsificados que expenden en la mayoría de las tabernas de la tierra.

—¡Buen vino!—exclamó—. Sólo lo encuentro un poco dulce.

María y su amiguito se echaron a reír... ¿Qué cosa le sabría mal a aquel hombre de paladar avezado a todas las combinaciones de la química?

Pero Joel estaba dispuesto a seguir bromeando con su hermano mayor, en venganza de no admitirle en la fragata.

Comenzó a rociarle disimuladamente con agua, mojándole los ojos.

El padre se enfureció:

—¿Y tú quieres ser un hombre? Lo que eres es un chiquillo mal educado que merece cuatro azotes.

—Es su carácter alegre... Sólo desea divertirse—exclamó María, intercediendo.

—Pues no lo he de consentir más. ¿Estamos en una mesa formal o no?—dijo el viejo—. Y agregó: ¡Mark, llévate a Joel a la cama!

—No tendrás que repetirlo dos veces.

Y el capitán, que se sentía disgustado por las constantes travessuras del niño mimado de la casa, lo levantó como un fardo y a pesar de sus enérgicas protestas se lo llevó de allí.

—¡Pobre!—suspiró María—. ¡Perdónenle esta vez!

—¡No, María! Así escarmentará...

Mark lo subió por la escalera como si llevase una pluma, tan poco pesaba aquel muchacho entre los brazos nervudos y terribles del lobo marino.

Ya en su habitación, desnudólo bruscamente y lo metió en el lecho.

Joel con su gran camisón de dormir, volvió a levantarse, pretendiendo salir del cuarto.

—¡No te moverás de aquí!— rugió su hermano, zurrándole en la parte más blanda.

Cogió la ropa y la encerró en un armario guardándose él la llave.

—Para que te sirva de aviso... Volveré dentro de un momento... y quiero encontrarte ya durmiendo.

Pero apenas hubo salido, Joel volvió a incorporarse y procuró abrir el armario ropero sin conseguirlo.

¡Ah, antipático Mark! Bien había tomado sus medidas. ¿Iria Joel al comedor con su camisón de dormir, habiendo una muchachita abajo?

Pero se propuso vengarse de Mark.

Llenó un jarro de agua y lo colocó encima de la puerta, de manera que cuando volviese Mark tomará una imprevista y bien merecida ducha.

Entretanto los comensales se habían ya levantado de la mesa y

paseaban lentamente por el comedor.

María lamentaba el castigo impuesto a su buen amigo Joel, ese muchacho que le interesaba más que los otros, por su extremada juventud y por el continuo trato que con él tenía...

Avanzó Mark hacia ella y la dijo mirándola con profunda ternura:

—¡María, déjame que beba de nuevo a tu salud!

Escanció unas copas y entregó una de ellas a la joven, chocándola con la suya.

—¡A la salud de María... la mujer más bonita del mundo!

—¡Oh, no tanto, Mark!—respondió, sonriente y avergonzada.

—¡Sí, chiquilla, a la más bonita!... María, siempre he creído que el día que me enamorara, sería de golpe... y muy fuerte... y creo que no me he engañado.

Ella sonrió, sin dar demasiada importancia a las palabras de aquel buen capitán.

¿Quién pensaba ahora en cuestiones de amor?

María era casi una niña a la

que no podía interesar un matrimonio... y mucho menos con un hombre que como Mark le llevara tantos años por delante.

Creyó que las palabras de Mark significaban una simple galantería y riendo exclamó:

—Cada vez que vuelves de uno de tus viajes, eres más galante, Mark.

—Porque te lo mereces.

Pero antes de que continuara insistiendo en aquel tema, la joven, con la confianza que le daba la amistad que desde la infancia tenía con los Shore, subió la escalera dirigiéndose hacia la habitación de su amiguito.

Mark quedó contemplándola con la mirada profunda y algo triste de un enamorado. ¡Qué emoción le causaba aquella criatura! Sólo hacía unas horas que la veía. En los otros viajes, no fué más que una niña lo que se presentó ante sus ojos, y ya creía haberse pasado la vida enamorado de ella.

El viejo Shore y su íntimo amigo Crowninsheld comentaban sonrientes, a media voz, la actitud de

Mark, las exquisitas atenciones que el heredero de la casa había tenido para María.

—Parece que María y Mark van a colmar nuestros deseos—dijo Jeremías.

—Sería mi mayor satisfacción que nuestros hijos se uniesen.

Mark avanzó hacia el padre de María y venciendo la inmensa timidez que tenía para estos asuntos de amor, dijo:

—Señor Crowninsheld: Tengo el honor de pedirle la mano de María...

—Concedida.

—Quisiera que la boda se celebrara al regreso de mi próximo viaje.

—¿Y por qué esperar tanto?... Lo vamos a anunciar mañana en la iglesia y sorprenderemos a todo el mundo... incluso a María.

—Pero...—dijo el capitán, vacilante—. Yo creo que de antemano, deberíamos decírselo...

—La grata sorpresa será mayor—respondió el padre de ella—. Estoy seguro de que María te quiere... ¡Oh, si vieras con qué orgullo, con qué alegría habla siem-

pre de vosotros, los Shore!... Este recuerdo no se aparta de su memoria. Yo lo sé bien. De modo... que fuera preocupaciones, Mark... ¡Mañana se anunciará la boda!

El viejo Crowninsheld obraba con ligereza al hablar así. ¿Qué sabía él del corazón de su hija? Querer a los Shore no era lo mismo que querer a Mark...

Pero el padre no parecía fijarse en tan importante detalle y daba como hecha una cosa problemática.

Contento de su éxito amoroso, Mark se despidió de su padre y de Crowninsheld para ir con sus hermanos a tomar unas copas en el Café del Barco.

Había que aprovechar los pocos días en que la fragata permanecía en tierra, pues pronto tendrían que conducir un importante cargamento hacia países muy distantes.

—¡Id con Dios... y mucho cuidado! ¡No armad pendencias con otros marineros!—gritó Jeremías.

—Somos gente de paz, padre...

Los tres hermanos salieron cantando una canción exótica y alegre.

Mientras, María había ido al cuarto de Joel recibiendo la im-

prevista ducha al abrir la puerta.

Joel, cubierto por su gran camión, saltó de la cama, asustado.

—¡Perdón, chiquilla! Preparaba ese baño para mi antipático hermano.

—Otra vez ándate con más tiento... ¡Me has puesto perdida!

—¿Quién iba a pensar que entraras en mi cuarto?—exclamó cubriéndose con una sábana.

—¡Es verdad! ¿Por qué he venido?

Su rostro se tiñó de rubor y luego, la linda jovencita dijo con su ingenuidad de colegiala:

—Vine a libertarte... a saber si podrías escapar... y si me necesitabas para algo.

—¡Qué buena eres! ¡La única amiga de verdad que tengo yo!

—¿Quieres vestirme y volver abajo? He oído decir a tus hermanos que se van.

—No puedo. Mark ha guardado mi traje en el armario y se ha quedado con la llave.

—¡Pobre Joel!

—Me sigue considerando un niño travieso... y yo no lo soy.

—Ya que Mark te ha escondido

la ropa, ponte uno de sus trajes— propuso ella, atrevida.

—Pues es verdad... ¡Eres muy lista, María!

Corrieron hacia la cercana habitación donde Mark tenía su equipaje y encontraron entre la ropa, un elegante terno de capitán con las mangas galoneadas de oro.

¡Ajá! Le estaría de modo espléndido.

María salió del cuarto mientras él se vestía rápidamente.

Cuando estuvo ya listo, Joel corrió a presentarse de nuevo ante su amiguita quien acabó de arreglarle el vestido.

Le caía bastante holgado; su hermano era mucho más grueso que él, pero en conjunto aquel uniforme de capitán no le estaba mal del todo.

—¿Qué te parece?—le dijo Joel, contoneándose con el orgullo de poder vestir aunque fuera de mentirijillas aquel traje con el que soñaba como término a una carrera de marino que aun tenía que empezar.

—¡Adorable!—contestó ella. E impulsada por un extraño an-

helo, por un repentino y misterioso grito de su alma, se acercó a Joel y le dió un tembloroso y furtivo beso en la boca.

Quedaron los dos jóvenes mirándose aturdidos, sin comprender, como si ante ellos se iniciara el gran secreto de la vida.

Pero María, avergonzada de su conducta, se alejó velozmente, cubriéndose el rostro.

Joel sonrió...

En su alma pura y noble no vivían más que dulces sentimientos... y atribuyó aquel beso a una nueva prueba de bondad de la dulce María... sin pensar que pudiera significar otra clase de amor...

E invadido su espíritu de una extraña e incomprensible felicidad, bajó la escalera y asomándose sigilosamente vió a María hablando con su padre y con Crowninshield.

Los tres hermanos no se encontraban allí. Supuso que estarían en el café donde se reunían los marineros; el Café del Barco.

Contento de realizar aquella escapatoria entraminó hacia allí sus pasos. Por primera vez iba a salir de noche.

Mark, Noah y Matthew hacia rato que se encontraban ya en el viejo Café del Barco.

De pie junto al mostrador habían abundantemente contemplando con gesto burlón a los marinos de otro buque anclado en el puerto, que les contemplaban con cierta hostilidad.

Los tres hermanos al unisono, cantaban una canción de guerra cuyas estrofas como el himno de una nación habían resonado en todas las partes de la tierra y decían así:

*En todos los puertos dejaron los
[Shore
una nariz tuerta o un ojo al revés,
Ni diez ni mil hombres serian bas-
[tautes
para contenerlos cuando están los
[tres,*

Esta canción bravucona y valiente provocó una réplica inmediatamente por parte de tres marineros.

*Los marinos del "Denís"
han llenado un cementerio...
pero no se dan postin.*

Parecía que aquellas canciones iban a acabar de modo violento. Uno de los marineros del "Denís" subióse las mangas y exclamó:

—Me parece que esta noche nos vamos a divertir de verdad.

—No quedará por nosotros... —respondió Mark provocativo.

Pero éste descubrió entonces que la taberna estaba llena de marineros del "Denís" y en cambio los de la fragata "Nathan Ross" eran en menor número.

Convenía, pues, anularse con ciento, si querían conservar la cabeza en su sitio.

Especialmente Mark, deseó evitar toda pendencia en condiciones desiguales.

Recordó su próximo matrimonio con María, pareciéndole necesaria la integridad de su físico.

Joel, con las manos en los bolsillos y contento de poder vivir su primera aventura, entró en la taberna, avanzando hacia el mostrador.

Tuvo que realizar grandes esfuerzos por no toser, pues la atmósfera de pestilente tabaco le arañaba la garganta causándole intenso cosquilleo.

Allí era necesario ser hombre y dejarse todo temor en casa. ¡Caramba! ¡Por algo vestía un uniforme de capitán!

—¡Cerveza! ¡Un bock!—dijo con el tono y el gesto del hombre avezado a entrar en las tabernas.

El tabernero le sirvió y el joven bebió de un trago, en alarde de resistencia, todo el vaso.

Unos marineros le contemplaron con extrañeza.

¿De dónde salía aquel chicuelo con galones de capitán? ¿A qué buque y a qué matrícula pertenecía?

Joel les contemplaba orgulloso, valiente, decidido... En el fondo del alma sentía un poco de miedo.

Pidió otro vaso de negra cerveza.

De pronto descubrió a sus hermanos, y éstos, asombrados de aquella aparición, corrieron hacia él. ¡Cristo! ¿qué era aquella escapatoria?

—¿Cómo has venido aquí?—rugió Mark, amenazándole.

—Andando—replicó, sonriente.

—¿Y padre se ha enterado?

—No sabe nada.

—¡Mereces unos azotes! Pero, ¡córcholis! ¿qué vez? ¡Mi uniforme de capitán! ¡Ah, bellaco!

—Me quitaste el mío... Algo debía ponerme... Estamos en paz.

—Pues ahora mismo te quitas esa americana. ¿Tú con galones? Vamos, hombre. ¿Habría mayor sarcasmo?

—No me toques.

—Te has puesto mi uniforme

nuevo y esta vez me la vas a pagar.

Le zarandeo rudamente, pronto a darle una paliza de la que se acordase todos los años de su vida.

Pero, rápido como una centella, Joel se deshizo de él.

—Si no quieres estropear el uniforme... procura no estropearme a mí—gritó.

Y se dispuso a derramar la cerveza sobre el traje.

—No... por favor—dijo Mark asustado, ante la idea de que pudiera mancharse aquel traje de que estaba orgulloso.

—Pues si quieres conservarlo, ya sabes lo que has de hacer.

Ni Mark ni ninguno de sus hermanos se atrevió a despojarle del vestido, y Joel, contento y orgulloso de su victoria, volvió a beberse otra cerveza.

Uno de los marineros del "Denís" contempló de pies a cabeza al joven y dijo sonriente:

—¡Vaya un marinero! ¡Parece una muchacha!

Pero Joel sin hacer caso de la burla, fué a sentarse a una de las mesas.

Comenzó a devorar cacahuetes y lanzó algunas de las cáscaras contra el pescuezo de su hermano.

Tuvo buen cuidado de que ni Mark ni los otros hermanos le viesen, y el capitán atribuyó la bromita a un marinero del "Denís" que estaba a su lado.

Le lanzó una mirada de desprecio... ¡Ah, si no fuera su superioridad numérica, se verían las caras frente a frente!

Pero Joel, riendo, echó ahora una cáscara contra el marinero del "Denís" y el forastero atribuyó a su vecino, el capitán Mark, la pesada broma.

—Quieres pendencia, ¿eh? Pues te sales con la tuya.

Y sin que Mark pudiera evitarlo, le dió un formidable golpe en la barbilla y le tumbó en tierra.

Fué aquel, el anuncio de una lucha entre las dos marinerías rivales que se odiaban.

Los de "San Denís" cayeron sobre los hermanos Shore, pero éstos teniendo al frente a Mark, que se había rehecho del golpe, aguantaron de firme el ataque y emprendieron

dieron a su vez, rápidos, la ofensiva.

Joel, pálido y asustado, encaramose sobre una mesa y apagó la luz.

La sala quedó a oscuras sin otro rumor de vida que los sordos gritos de los que se zurraban sin cansancio.

Joel, atemorizado ante las consecuencias que pudiera tener su malhadada bromita, corrió a esconderse detrás de un barril en espera de los acontecimientos.

Adivinó que se atizaban de firme y sintió el ruido de cuerpos que se desplomaban después de lanzar un ¡ay! tremebundo.

Pasaron varios minutos que para el joven iniciado le parecieron interminables.

Por fin, el tabernero encendió de nuevo el fanal y a su pálido fulgor, se pudo contemplar un doloroso espectáculo.

Estaban tumbados en tierra numerosos hombres quejándose amargamente, o desvanecidos por haber recibido la caricia de hierro de los puños de los Shore.

Porque los tres hermanos ha-

bían vencido en la contienda. Sus adversarios huyeron en su mayor parte al apagarse el farol, temerosos de que en la obscuridad recibieran algún palo de ciego.

Y los que quedaron tuvieron que sufrir las iras de los tres Shore, que con violenta energía castigaron la provocación.

Joel salió alegremente de su escondite al comprender que la victoria había sonreído a la familia.

Dispuesto a atribuirse también una parte de la gloria, levantó rápidamente a uno de los marineros desvanecidos y simuló luchar con él en un esfuerzo desesperado.

Sus hermanos le vieron combatir con un enemigo y al dirigirse a prestarle auxilio, Joel riendo abofó sus brazos, y su adversario cayó sin sentido contra el suelo.

—¡Luego diréis si no hago yo como los hombres!—exclamó sonriente como un nuevo David.

Los hermanos contemplaron admirados al gigantón rendido en tierra y ya no pusieron nunca en duda el valor heroico del benjamín de la casa.

¡Bravo muchacho! Seguía la

historia de la familia. Era invencible como todos los de casa.

—¡Vengan esos cinco, querido! —exclamó el capitán—. ¡Hoy me siento orgulloso de ti!

—Pensaba demostrar que soy digno de vosotros.

—¡Qué duda cabe! Te has ganado la plaza, querido Joel.

—¿Me llevarás a bordo?

—Como los propios hombres.

También los otros hermanos abrazaron a Joel y todos juntos regresaron al hogar para explicar a su padre la heroicidad del pequeño.

Iban cantando y llenando de

bravas notas las calles silenciosas del pueblo.

En todos los puertos dejaron los

[Shore

una naviz tuerta o un ojo al revés.

Ni diez ni mil hombres serían bas-

[tantos

para contenerlos cuando están los

[tres.

Pero mirando a Joel, los tres hermanos mayores rectificaron la estrofa:

Ni diez ni mil hombres serían bas-

[tantos

para contenerlos cuando están los

[cuatro.

No le hizo mucha gracia al viejo Jeremías la escapatoria de su hijo menor, pero desapareció su indignación al enterarse de su gloriosa conducta.

Joel se reía por lo bajo y se preguntaba mentalmente si muchas grandes reputaciones no se hacían como la suya: escondiéndose y saliendo luego a la luz a reclamar un puesto en la victoria lograda por... los otros.

A la mañana siguiente era domingo.

Todo el pueblo se encaminó a eso de las once a la iglesia donde el pastor iba a pronunciar su plática semanal.

El señor Crowninshield y su hija María ocupaban uno de los bancos. No lejos de ellos, se encon-

traba el señor Shore en compañía de Joel, su hijo menor, campante y orgulloso de su hazaña nocturna, comentada ya en todo el pueblo y aumentada por la fantasía popular en términos extremados.

El cura predicaba hablando del amor al prójimo, de la necesidad de que se respetase y amase a los demás como a uno mismo.

No tardaron en llegar Mark y sus dos hermanos. Se sentían fatigados; sus cuerpos se hallaban molidos a golpes. Habían pegado fuerte, era verdad, pero los del "Denís" no tenían tampoco los puños de algodón.

Noah y Matthew aparecían con el rostro lleno de cicatrices cubiertas por pedacitos de tafetán. El capitán Mark tenía sólo una

herida en la frente que procuraba ocultar con el largo mechón de sus espesos cabellos.

—Miraron con envidia a Joel... ¡Diablo de chiquillo! Aparecía fresco como si no hubiera tomado parte en el combate. Iba a darles ciento y raya en lo sucesivo.

Mark volvió los ojos hacia María y luego miró a su padre y al pastor. Sabía que todo estaba preparado y una gran emoción le llenaba el alma al pensar que iba a prometerse con aquella encantadora mujercita.

Cuando el cura acabó la plática avanzó hacia los fieles y extendiendo los brazos con gesto bondadoso, paternal, dijo:

—Hermanos... Tengo que daros una agradable sorpresa.

Calló unos momentos, satisfecho del movimiento de expectación que se había producido.

—¡Capitán Mark Shore! —agregó—. ¡Hágame el favor de levantarse!

Alzóse el aludido y lentamente se encaminó hacia el pastor.

—Y usted también, señorita

María Crowninshield — continuó diciéndolo.

Una extremada palidez llenó las mejillas de la preciosa muchacha, quien al ver que su padre la miraba sonriente, se levantó y fué a detenerse frente a Mark.

La gente murmuraba en voz baja. ¿Una boda?

Joel, sorprendido, contemplaba a María cuyo aire de tristeza se reflejaba al exterior.

¡Oh, Dios! ¿por qué les llamaban?

El cura, sonriente, señaló a los dos elegidos y dijo:

—El señor Crowninshield me ha pedido que anunciara el próximo enlace de su hija María con el capitán Mark Shore. La boda se efectuará cuando la fragata vuelva de su nuevo viaje.

Así lo había acordado Mark con su padre. Nada de casarse en seguida. Creía conveniente esperar su retorno, cuando pudiera permanecer una larga temporada en el pueblo.

Pero las palabras del cura al propio tiempo que habían hecho sonreír a Mark, acababan de po-

ner en los ojos de María la dolorosa luz de la sorpresa.

Sabía que aquello era la voluntad de su padre, pero ignoraba que fuera Mark el hombre destinado para ser su esposo, y al propio tiempo desconocía que se hubiese de efectuar el anuncio de boda, aquella mañana.

Se entristeció al ver que no había sido consultada para un negocio de tanta importancia y pensó resignarse a su destino, no sin sentir en su corazón una voz de rebeldía.

—¿Me esperarás, María?— preguntóle el capitán.

Ella, suavemente, inclinó la cabeza.

Entonces Mark acercóse mucho a la que pronto sería su mujer y a la vista de todo el mundo, estampó un beso en sus labios.

Aquella caricia produjo a María una sensación de instintiva repugnancia; aquellos labios que olían a tabaco y a vino le causaron una desagradable impresión.

No pudo reprimir una mueca de disgusto, de asco, que el capitán

recogió dándose cuenta de lo que significaba.

Arrugó la frente pareciéndole que aquella mujer no le quería como él había podido pensar.

¡Ah, aquel gesto acababa de venderla!

María, tachada, lanzó una larga mirada por el recinto de los fieles y viendo a Joel le contempló con melancolía.

Como un contraste, recordó el beso dado a ese muchacho con el que ella acababa de recibir, tan repulsivo de la boca de un hombre que no amaba.

A Joel le había sorprendido también el anuncio de aquel próximo casamiento y se entristeció pensando que iba a perder para siempre como compañera a la hermosa muchacha.

Sintió también una ligera tristeza, como un síntoma de celos que no se atrevieran a tomar forma.

¡Su amiguita se casaba!

¡Afortunado Mark! Acaso, si no hubiera sido ese bravo muchacho, Joel con el transcurso de los años, cuando fuese mayor, se habría casado con María...

¡Qué lástima haberla perdido! Pero era tan ingenuo y tan bueno que sacó de su alma toda idea de rencor y se mostró complacido y alegre de que María entrase en la familia de los Shore como esposa de Mark.

Los dos novios volvieron a sus puestos y dióse por acabada la ceremonia.

A la salida rodearon al capitán y a María los vecinos del pueblo, felicitándoles por la mutua y bien atinada elección.

También Joel dió grandes muestras de contento, estrechando la mano de su hermano mayor y luego la de la novia.

—¡Qué feliz vas a ser, chiqui-

lla! Ahora te querré más que antes.

Ella no le respondió envolviéndole en una mirada dulce, profunda, de cariño.

¡Infeliz! ¡Si hubiera sabido lo bien amado que era por ella, pero amado no con afecto fraternal, sino con amor de mujer!

El señor Crowninshield no podía ocultar su alegría. Le parecía que todos estaban en el mejor de los mundos y tomaba la resignación de su hija por felicidad.

¡Cuán equivocado andaba el buen señor!

María, no queriendo quitarle la ilusión, aceptaba el sacrificio.

...

Al día siguiente recibieron órdenes de que la fragata "Nathan Ross" debía partir para Oriente.

El viejo Jeremías había ido a despedir a sus hijos. Esta vez su corazón sufría una nueva amargura: Joel embarcaba.

Iba, pues, el padre a quedar completamente solo, teniendo a los cuatro muchachos en el mar.

María estaba con su padre en la fragata.

Su alma se sentía apenada, no porque marchase el capitán, sino porque se iba Joel, el compañero de su infancia, el joven al que ella adoraba con la pureza de su primer amor.

Mark temblaba junto a ella, casi sin atreverse a interrogarla. Veía en su porte tanta indiferen-

cia, tan melancólica resignación, que no se hacía ilusiones acerca del amor que la joven pudiera sentir por él.

Recordaba la repulsión que había visto retratada en su semblante el día anterior, cuando en la iglesia María le diera un beso.

¡Ah, estaba seguro Mark de que se había forjado ilusiones sobre una base falsa!

—¿Te acordarás alguna vez de mí, María?—le dijo.

—¡Ya lo creo!—respondió—. Yo nunca me puedo olvidar de un Shore.

Y al propio tiempo que pronunciaba estas palabras, sus ojos distinguieron a Joel que con un hachillo al hombro acababa de entrar en el barco.

Aprovechando el momento en que Mark habló con uno de los marineros para dar órdenes acerca de la próxima marcha, la joven huyó dirigiéndose rápidamente hacia la cámara donde había visto entrar a su enamorado.

Maria avanzó hacia su amigo en cuyos ojos flotaba una tristeza desconocida hasta entonces.

Aquella noche había sido de larga reflexión para Joel. Dióse cuenta de pronto, con la sorpresa del que descubre un gran secreto, que Maria y él se amaban... no con el amor que había creído antes fraternal y tranquilo, sino con un cariño inmortal, de hombre y mujer.

¡Sí... sí!... El mismo cariño que Mark podía sentir, por ejemplo, hacia Maria..

En la soledad de la noche de meditación pensó Joel en el beso que le había dado su amiga, beso furtivo, tenue, pero que le dejaba una impresión dulcísima de frescor.

Y Joel no había comprendido hasta entonces lo que aquello significaba. Ahora lo entendía todo

a la perfección pareciéndole absurdo haber estado tanto tiempo ciego.

Sin embargo, la idea de ser el rival de Mark, de su hermano mayor, le estremeció y le causó un terror indecible.

¡Nunca! El no le quitaría la novia elegida a Mark y ahogaría los latidos de su alma.

Le parecía que tampoco era Maria muy feliz con aquel anuncio de boda, pero no estaba dispuesto a entorpecer lo que el deseo familiar pretendía que se hiciera.

Maria seguiría siendo para él la compañera de sus juegos y olvidaría a la mujer para pensar únicamente en la niña.

Al verla ahora entrar en su camarote, se levantó asustado, temeroso de una entrevista que pudiera perjudicarles a los dos.

Estaba decidido a mantenerse firme, afrontando las cosas con serenidad.

—¡Maria!—murmuró, suavemente.

—¡He venido a despedirme de

ti!... Voy a estar muy triste sin verte, Joel.

—Yo me acordaré de ti muchas veces, María.

—¿Por qué te marchas?

—Es necesario. Sabes bien que este era mi anhelo mayor: embarcarme. Con mi hazaña de la otra noche, lo logré.

—Nunca creí que sufriese tanto al verte partir, Joel.

Y las manos de la jovencita le acariciaron.

Joel sintió en su pecho una oleada de emoción.

—¿Vamos, cálmate, chiquilla!... Piensa que volveré dentro de algunos meses... y lo que es mejor para ti, volverá Mark, el que va a ser tu marido.

—¿Volverá!

Y dijo esta palabra de modo tan triste, tan impresionante, que Joel tuvo miedo.

¡Dios mío! ¿era, pues, aquella una boda obligada? ¿Es que ella no quería a Mark?

Vió brillar unas lágrimas en los ojos de María y comprendió la realidad.

Sin embargo, no quiso pregun-

tar si le amaba o no. Él sabía la ilusión y la alegría de Mark, y el golpe rudo y mortal que ese hombre recibiría al conocer la realidad amarga.

—Bueno, María—dijo, sonriente—. La fragata está a punto de partir. Estoy seguro de que Mark está esperándote para despedirse de ti.

—¿Qué triste será mi vida sin ti, Joel!—murmuró amargamente.

Sus brazos se posaron sobre los hombros de él, sus labios hicieron el mohín de un beso.

Pero el joven, ocultando su turbación, se deshizo cariñosamente de ella y repitió:

—Anda, Mark te está esperando...

María enjugóse una lágrima y salió cubriéndose el rostro con las manos.

Joel inició una mueca amarga.

¡Lo que él temía!

María no sería feliz con Mark. Estaba el joven seguro de que su amiguita iba a aquel matrimonio con una cruel resignación.

María le amaba a él; lo adivi-

naba Joel en aquella mirada dulce, lánguida y cariñosa.

Y aunque Joel había descubierto que también su corazón latía por el amor de aquella criatura, estaba dispuesto a ocultar su secreto en aras de la felicidad de su hermano mayor.

¡A callar, alma, a callar!... Que nada trascendiera a la vida exterior, al conocimiento de Mark...

Joel procuraría olvidar su pena, y su sacrificio era tan generoso que deseaba sinceramente que María acabase por amar de veras a Mark, el buen Mark...

Joel salió a cubierta.

La fragata estaba a punto de partir. Sus grandes velas desplegadas se hinchaban al viento matinal.

El mar sereno y azul hervía bajo el calor del sol.

En el muelle, se aglomeraba todo el pueblo para dar el último adiós a la tripulación.

Jeremías saltó a tierra después de despedirse de sus hijos y abrazar a Joel en el momento en que éste salió de su camarote.

Marchó acompañado de su amigo Crowninshield.

María tendió la mano a los tres hermanos Shore. Estaba turbada. Mark adivinó en su rostro una gran lucha interior.

—María... ruega mucho por mí...

—¡Lo haré!—contestó ella, firmemente.

—Y piensa siempre en mí.

No contestó esta vez más que con una ligera inclinación de su cabeza. Se sentía sin fuerzas para mentir más.

Profunda inquietud se apoderó de Mark quien abrazó a su novia y quiso acercar sus labios con la intención de darle un beso... Ella volvió instintivamente la cabeza y Mark vió retratado en su semblante tal gesto de horror, de repulsión, que sintió un profundo desgarrón en el alma y apartó lejos de sí a aquella mujer.

—¡Adiós, María!—dijo secamente.

Y corrió hacia el puente mientras María volvía a tierra y ya junto a su padre se colgaba del brazo de él.



—¡A la salud de la mujer milia bella que he visto en mi vida!



— He odo doce a tua hermaninha que se vai.



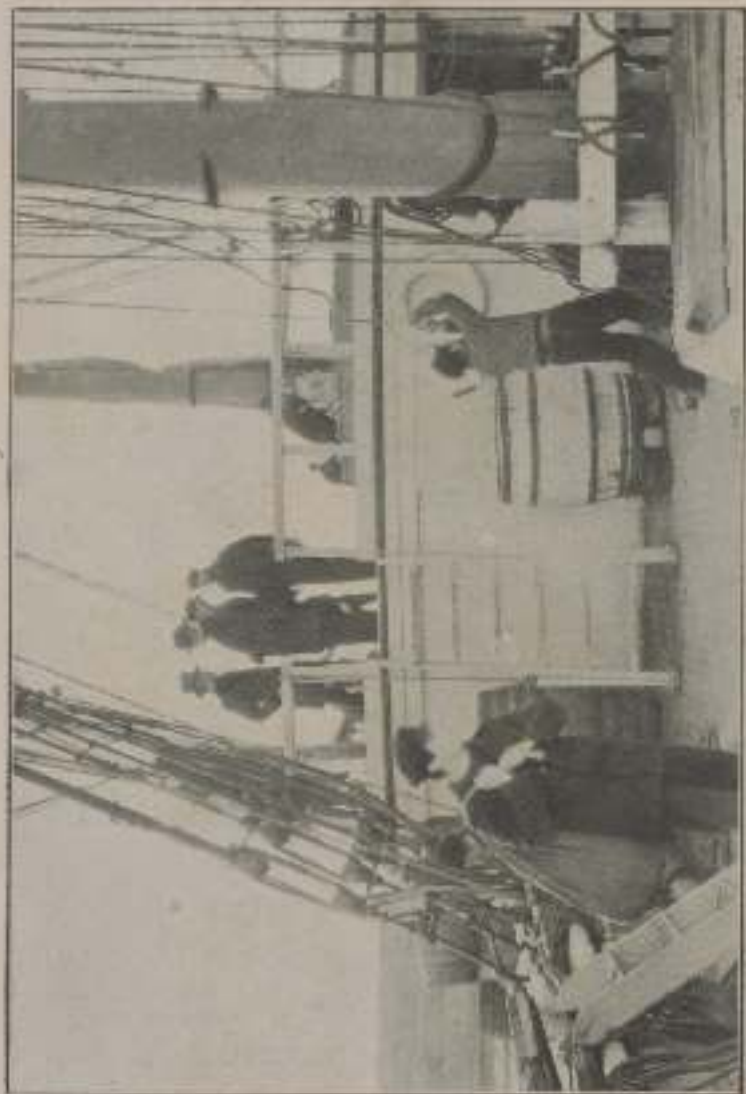
— «Quid te interest?»



— Le hne grande la plaza, quierda 2001.



...dibse por achada la cerimonia.



„Căminul de vârfuri în et. haricó.“



—Nunca creí que suficiera tanto al verte partir...



... Marie volvió a tierra...

Tenía que hacer grandes esfuerzos para contener las lágrimas; veía la fragata a través de un velo de humedad.

¿Había conocido algo Mark?

Cabeceó la nave, desamarrada ya... Lentamente fué alejándose del muelle, proa hacia la tierra oriental.

Los Shore pañuelo en mano daban su último adiós a los seres queridos.

Mark, desde el puente, contemplaba con frialdad a los que quedaban... Veía a María y su boca

se plegaba en una triste mueca de desencanto.

Loco... ¿y había podido creer en que esa niña le amase... así... de repente?

¿Y la diferencia de edad? ¿Y el trato íntimo?

¡Ah, estúpido! ¡Qué bien merecido tenía aquel desprecio!

Lo cruel era que la imagen de aquella mujer la tenía clavada en el alma y no la podría arrancar de allí más que con un desgarró de su propio corazón.

Días y días de larga navegación, monótona y solitaria... No habían encontrado aún ningún barco desde su salida... Atravesaban un mar desierto en dirección al Sur.

Mark había realizado varias veces aquel viaje y nunca le pareció tan dolorosamente aburrido como aquella vez.

El amor tiene gran influencia sobre la vida externa y hace ésta a su antojo agradable o triste...

Para el amor feliz, la vida es el alegre escenario apropiado donde se desarrolla la comedia tranquila de la felicidad. Para el amor contrariado, la vida es escenario de negruras, ambiente de dolor e infierno.

La imaginación de Mark tenía

siempre fijo el recuerdo de María rehusando sus besos...

En vano trataba de olvidarla, pareciéndole absurdo su primer propósito de unión.

¿Para qué pensar en aquella jovencita que apenas acababa de entrever el mundo con ojos de mujer? ¿Qué había de común entre los dos? Mark era ya hombre curtido, más envejecido por su vida nómada y fatigosa; ella era la dulce flor no quebrada aún de su tallo primaveral.

¡Aquel desprecio... aquella boca apartando la suya, como de una fuente de veneno!... ¡Ah, con toda seguridad, María tendría algún amorío en el pueblo, algún muchacho de su edad que se había enamorado de ella!... Y en esta

batalla del amor, Mark saldría derrotado, pues de nada vale para tales casos la experiencia.

¡Si la pudiera apartar de su memoria!

Semanas... días... horas... Soledad.

Para Mark aquel viaje se hacía irresistible; mas para su hermano Joel constituía la más pura, la más hermosa de las alegrías.

Había olvidado todo lo de la tierra, y, ni él mismo podría determinarlo bien, acaso, hasta a María.

Las faenas del barco, la dulzura del mar, la vida amplia y libre, el viento fino que rizaba las olas, los incomparables amaneceres en los mares tropicales—una de las cosas que no se olvidan jamás de la mente del que tuvo la suerte de presenciarlos—, los ocasos en que el agua se teñía de rojo y mostraba la fina transparencia de su interior hasta el fondo de coral; las canciones de la marinería, el encanto de la fraternidad, el silencio de la noche cuando solo sobre cubierta miraba el cielo estrellado; todo producía en el alma del jo-

ven la alegría más intensa de su existencia.

Y mientras tanto, su hermano Mark pasaba largas horas en su camarote bebiendo y procurando olvidar lo que no tenía remedio. Cuando el amor se clava en las almas maduras, es como una espina trágica que, al igual que decía el poeta en su canción, si permanece dentro, da la muerte, y si se la quita, mata también...

A medida que iban avanzando hacia el Sur, perdía el mar su carácter de delicadeza femenina para parecerse a una hembra que rugiese de celos y de amor airado.

Estaban ya en el Cabo de Hornos, la cuna de los huracanes, el terror de los marineros.

Y el terrible ciclón, anunciado rápidamente por unas nubes negras y arremolinadas, no se hizo esperar demasiado.

De pronto, en la noche, descargó la tempestad, un aluvión de agua, como si el mar se vaciase sobre ellos. Gigantescas olas, enormes como dorsos de ballena, irrumpían en la fragata, lamiendo la cu-

bierta y barriendo cuanto encontraban en ella.

En el timón los dos hermanos Noah y Matthew luchaban desesperadamente, dando órdenes a la tripulación para sortear del modo más conveniente el espantoso temporal.

También Joel, que demostraba toda un alma serena y fuerte ante el peligro, se hallaba con sus hermanos, procurando ayudarles en lo que fuera posible.

Pero la fragata ya no parecía obedecer al mando. Se oía un resquebrajamiento de maderas como si la nave se fuera a abrir, impulsada por la violencia feroz de las olas.

Los tres palos del barco parecían temblar cual si fuesen a caer de un momento a otro.

El palo de mesana recibía el formidable choque del mar embravecido, y creyeron por un momento que iba a ser arrancado de cuajo por el furor de ariete de la tempestad.

Habían mandado varios marineros a la cámara del capitán para que éste corriera al puente, pero

Mark permanecía sin moverse de su mesa teniendo una botella de alcohol a su alcance y procurando olvidar con continuos tragos el amargor de su almô.

—¡Ve a buscar a Mark!—gritó Noah a Joel—. Dile que es urgente su presencia.

El muchacho, apoyándose fuertemente en la borda con el peligro de ser a cada instante arrojado al mar en uno de los constantes vaivenes, corrió al camarote de su hermano.

—¡Mark!—suplicó, apartándole la botella de vino—. Noah te necesita en el puente... Estamos luchando contra el temporal... Hay mucho peligro... Es preciso no perder un instante.

—¡No tengas temor! Todavía no he conocido un temporal que no amainara—respondió sercamente.

—Dicen que el de hoy es uno de los peores...

—Son las tempestades del corazón las que nunca se acaban... no esas otras.

—No comprendo, Mark...

—¡Maria puso la tormenta en

mi pecho, Joel!—dijo con un ansia de confesar todo el dolor que le amargaba—. ¡Ella no me quiere!...

Joel tembló...

Ahora entendió el por qué de la melancolía de que daba muestras Mark, durante todo su viaje. ¡Pobre hermano!

¡Qué terrible pesadilla la que vivía su corazón!

Pero Joel le quería tanto que no quiso confirmar aquellas palabras, no quiso decirle que amaba a María y que María le amaba a él. Prefirió darle ánimos, encender en aquel corazón la llama de la esperanza.

—¡Estás equivocado! ¡María te ama! Yo lo sé.

—Te engañas, Joel—dijo tristemente—. ¿Tú sabes por qué no quiso besarme el día de mi partida?

—No lo vi...

—Porque estoy seguro de que quiere a otro. ¡Ah, si algún día conociera al afortunado, iba a pagar caro su cariño!

El joven se estremeció pero noblemente tuvo alientos para decir:

—María no quiere a nadie más que a ti.

—¿Qué sabes tú de ello, pobre Joel, si aun ayer jugabas como un chiquillo? ¡No... no me ama!

Cada vez más turbado, Joel agregó, suplicante:

—¡Vamos, Mark!... El huracán nos desafía, ¿No oyes el barco como craje? Parece que se vaya a partir...

—¿Que nos desafía?—dijo arrogante el capitán—. ¿A nosotros? ¡Vamos allá! Esa fiera del mar la domino más que la que yo llevo dentro.

Recobró por un instante su fuerza de marino para quien su barco es lo primero del mundo.

Al llegar a cubierta se dió cuenta de la amarga realidad. La situación era difícil. El agua barría furiosa la cubierta y agarrados junto al timón, Noah y Matthew luchaban desesperadamente para conservar la dirección de la fragata.

—¡Noah!—gritó el capitán—. ¡Manda a dos muchachos que arreglen la vela superior!

Joel quiso partir para encara-

marse a una de las verjas, pero Mark le detuvo con energía junto a él.

—No te muevas de mi lado, muchacho... no quiero que el mar se te lleve.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando una ola gigante cubrió rápidamente a Noah, y el desgraciado desapareció para siempre.

—¡Noah!—gritó desesperadamente el capitán.

Unos marineros, desafiando el trágico temporal, levantaron pequeñas linternas para buscar el rastro del joven. Nada vieron. Sólo abajo un remolino siniestro como una boca hambrienta e infernal.

—¡No te muevas de aquí!—gritó Mark a Joel—. El mar tiene hambre... y preferiría quedarse con dos que con uno.

Contra su propia voluntad, tu-

vo el joven que permanecer agarrado al timón, pensando que aquella iba a ser la última noche de su vida, levantando los ojos a Dios... y viendo también en lo alto la imagen de María como otro símbolo de esperanza.

No osó moverse. Oía gritos, órdenes, maldiciones, imprecaciones. Pasaban sombras negras, chorreantes de agua los impermeables y capuchas a la débil luz de los tristes farolillos que iluminaban aquella escena de terror.

De pronto escuchóse un nuevo grito, seguido de otra maldición.

No le cupo duda a Joel que se trataba de una nueva desgracia. Otro hombre había caído al mar.

Sus labios sorbían las lágrimas. Su boca murmuraba con suave imploración a Dios:

—Padre Nuestro... que estás en los cielos...

* * *

A la siguiente mañana calmóse la tempestad... Nació un cielo azul, claro, espléndido, como si la tierra quisiera regalar a los humanos esa ley de la compensación.

Parecía imposible que las olas mansas y suaves ahora, teñidas del agradable y delicado color azul, fueran las mismas rugientes de espuma que horas antes llevaban en su remolino la muerte.

Joel, con lágrimas en los ojos, contemplaba con profundo abatimiento ese mar ingrato y cruel para los marinos que a cambio de la vida que les da, les arrebató la vida cuando tiene hambre.

¡Dos... dos hermanos habían perecido en la trágica jornada!

¡Noah y Matthew!... El mar se había tragado para su susten-

to a esos dos cuerpos jóvenes y vigorosos, y saciado ahora su apetito, dormitaba como una fiera en plena digestión.

Primero Noah... Después cuando escuchó aquel grito trágico, fué Matthew el que cayó para siempre.

Pensaba Joel en el dolor de su padre al enterarse de la doble desgracia...

Y, él, Joel, ¿había elegido aquel oficio tan peligroso de navegante?

Entretanto, el capitán Mark, profundamente dolorido por la pérdida de los dos hermanos queridos, escribía en el diario de su navegación.

10 de octubre de 1857.

En este día, mis hermanos Noah y Matthew Shore, oficiales de la fragata "Nathan Ross", durante

una tempestad con viento Norte han caído al mar y se han perdido.

Cerró luego el libro en el que constaba aquella acta de defunción.

Era preciso preocuparse ahora de los vivos y de poder llegar en las mejores condiciones posibles a Singapore, fin de la travesía.

Las averías del barco estaban ya casi reparadas. La agilidad y presteza de los tripulantes habían arreglado convenientemente los desperfectos de la noche anterior. La fragata estaba en disposición de soportar una nueva tempestad.

Llamó a Joel y le comunicó que le nombraba primer oficial en sustitución de Noah.

El joven sintió una profunda alegría pareciéndole que aquello era su consagración como marino. Ahora sí que desafiaba al peligro aunque se opusiera su hermano y toda la tripulación en peso. Pues qué ¿no era él un marino como todos los demás?

¿No tenía en las venas la misma sangre heroica del tronco robusto y pletórico de los Shore?

¡Oh, ansia de hazañas, de luchar!

Pero su nombramiento no fue bien visto al parecer por gran parte de la tripulación, manejada por Edward, el contramaestre, hombre ruin, de instintos sanguinarios.

—¡Es una vergüenza que haya hecho a Joel primer oficial!—exclamó hablando con uno de sus fieles secuaces—. Ese puesto me correspondía a mí que soy el más antiguo del barco.

—¡Tener que estar mandado por un chicuelo al que apenas le apunta el bozo!

—Voy a ver si me hago el amo del barco... y entonces, tú, Michel, serás mi primer oficial.

—¡Admirable! Cuenta con la tripulación. Todos protestan contra el nombramiento de Joel.

—Lo sé... Y tengo tomadas mis medidas... Cuando lleguemos a Singapore, voy a desembarazarme de Mark.

—¿Podrás?

—Esta no me ha fallado nunca.

Y señalóse orgulloosamente la frente.

Con tiempo sereno llegaron a Singapore.

La ciudad oriental les esperaba una vez más, con sus garitos, sus tabernas, sus mujeres, su gracia exótica.

Apenas hubo atracado la fragata, saltaron de ella el capitán Mark y el contramaestre Edward, así como otros marineros.

Joel, con la eterna curiosidad de la edad moza, quiso seguirles; pero su hermano se lo impidió.

—Eres demasiado joven para bajar a Singapore.

Y le obligó a permanecer en el barco a pesar de sus protestas viles.

Mark y Edward después de recorrer algunos barrios peligrosos del interesante puerto, entraron

en una taberna, nido de marineros de todas las partes del mundo, tugurio de gente del bronce y de mujeres prontas a usar de la navaja.

Avanzaron sonrientes, saludando a la clientela femenina que no abandonaba el establecimiento.

Se dirigieron al mostrador y bromearon con el tabernero, un chino calvo como una bola de billar.

Mark le acarició la cabeza y luego bebió el vino negro y fuerte que expendía el tabernero.

Una mujer, vestida de danzarina oriental, corrió a abrazar a Mark, que se había mostrado en otros viajes muy cariñoso y rumboso con ella.

Mark no perdía el tiempo cuan-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

do desembarcaba en uno de esos puertos extraños. Ese amor efímero, del que luego no volvía a acordarse más, le encantaba... Naturalmente que eran encuentros sin trascendencia alguna sentimental, pero que llenaban sus deseos de navegante.

Edward, que estaba dispuesto a deshacerse del capitán para convertirse en amo del barco, no perdía, a su vez, el tiempo.

Mientras Mark estaba bromeando con la muchacha, él se dirigió a hablar con Ni-hau, un tipo indigena, un sujeto sobre cuya conciencia habían caído innumerables delitos, siempre impunes.

Era preciso librarse del capitán, ¿entendía? Y para ello nada mejor que una puñalada.

Debía asesinar a Mark, con todo sigilo, ¿comprendía? Un golpe seco en la espalda y que no se hablase más de él. No faltaría una buena gratificación si sonreía el éxito.

El otro sonrió con una mirada ladina, falaz.

—¡Déjame eso!... ¡Quedarás complacido!

Mark le pedía al vino y a aquella mujer el olvido de sus penas sentimentales.

Bebía abundantemente y besaba con ardor a la vendedora de caricias.

¡Al diablo con todas las tristezas de la tierra natal! Lo interesante era vivir el momento presente.

Joel había conseguido abandonar el barco con el ansia invencible de curiosidad que rebosaba en su alma.

Anduvo largamente por las calles de Singapore hasta enterarse por uno de los marineros de la fragata que su hermano estaba en una de las tabernas del muelle.

Corrió hacia ella y presentóse ante Mark.

Pero quedó sorprendido al verle abrazando a una mujer.

Le pareció que aquel abrazo significaba una ofensa terrible hacia la fiel y pura criatura de su tierra y mirando a su hermano, cogió a la joven y la apartó rudamente de él.

—¡Mark! ¡No debes de hacer eso!—gritó.

—¿Y quién eres tú, bellaco, para impedírmelo?

—Mark... ¡acuérdate de María!—le dijo tristemente—. Lo que haces es indigno de ella.

—¿Por qué he de acordarme de ella si no me ama!

—¡Te quiere!—insistió.

—¡Mientes!... ¡Al diablo con aquella mujer!... ¡María... María!... ¡Ah, por ella estoy perdiendo mi alma!

—¡Hermano!...

—¡Déjame!

Y volvió a beber, pero Joel le arrebató la botella.

—¡No lo hagas!... No es así como debes guardar fidelidad a tu novia.

—Te voy a romper la crisma si me hablas más de María, ¿entiendes?

—Piensa que quiero tu bien.

—¡Eh, tripulantes!... Llevaos a este muchacho al barco y encerradle en la bodega. No quiero que vuelva a Singapore... No es un ambiente para ti, hermano.

—¡Ni para ti!

—Yo soy distinto... Fuera... y no me repliques.

Varios marineros cayeron sobre Joel, quien se defendió bravamente, mientras Mark, ya bajo la influencia del alcohol, se reía...

Joel fué reducido al fin a la obediencia y conducido al barco... Su resistencia era, sin embargo, terrible. Costó un esfuerzo intenso el meterlo en la bodega.

Y entretanto, la aventurera había vuelto a acercarse al capitán y le proponía pasar la noche juntos.

Aceptó Mark y ambos cogidos del brazo, se dirigieron hacia una casita que allá cerca tenía la mujer.

Pero Ni-hau no perdía el tiempo. Oculto en una esquina esperó a que pasase el capitán y le apuñaló.

Luego desapareció entre las sombras, mientras la joven y una anciana que salió de una casa próxima, cogían al desdichado y lo llevaban a la casa de la aventurera.

Por fortuna, la herida no era muy grave, pero Mark, aletargado por la pérdida de sangre y por la embriaguez, no volvía en sí.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Corrió Ni-hau a comunicar a Edward que había sido ya asesinado el capitán, y Edward, loco de alegría, recompensó generosamente la noticia.

Luego partió hacia el barco y explicó a los tripulantes que el capitán había sido apuñalado... añadiendo que varios hombres lo habían tirado al mar.

Los más conveniente era, pues, partir de Singapore otra vez hacia la tierra patria.

La tripulación le eligió capitán y de esta criminal manera Edward

se hizo con el mando del buque, nombrando oficiales a sus primeros secuaces.

En cuanto a Joel, lo mantuvo en la bodega... y con el pretexto de que había querido escapar, le hizo atar como al peor de los criminales.

Edward se frotaba alegremente las manos.

¡Todo iba bien!

Estaba seguro de que iba a quedar como definitivo capitán de la fragata.

* * *

Zarpó el vapor aquella misma tarde y tras numerosas singladuras, llegaron de nuevo a la vista del amado pueblo natal.

El desgraciado Joel sufría una persecución terrible, criminal. ¡Ah, cómo deseaba verse libre para saber por qué le tenían preso!

Allá en Singapore, el capitán Mark se encontraba ya restablecido de su herida.

Pero al enterarse de que la fragata había zarpado, estuvo a punto de enloquecer de desesperación.

Quiso ir a dar parte a las autoridades de lo ocurrido, mas la aventurera de acuerdo con Ni-hau le impidió salir de la casa.

Y el desdichado marino tuvo que someterse a aquella nueva existencia de esclavitud, abotargada

su imaginación por las continuas libaciones que sin cesar le daban y por los brazos de aquella mujer que acababan de aniquilar su voluntad.

Ya no tenía personalidad propia... Ya todo lo olvidaba en aquella voluptuosa atmósfera que le envolvía.

Y mientras tanto, llegaba el "Nathan Ross" al puerto.

El viejo Jeremías, cuyo corazón de padre había sufrido el terrible golpe de la pérdida de dos hijos miraba con profunda pena aquel mar que se había llevado a tantos ascendientes suyos y ahora le quitaba a dos seres de su corazón.

Su amigo Crowninshield le acompañaba a menudo haciendo más llevadera su tristeza.

María esperaba con anhelo la

llegada del barco. Sufrió porque volvería Mark, pero su alma experimentaba una inmensa alegría al pensar que Joel volvería también...

¡Ah, a medida que pasaba el tiempo, que se deslizaban las semanas, se sentía con menos valor para afrontar la idea de casarse con el capitán!

Cuando él viniera, le confesaría toda la verdad, y Mark, que era un espíritu noble, estaba segura de que la perdonaría.

Aquella mañana los dos amigos contemplaban desde la casa de Jeremías la línea azul y desierta del horizonte.

Vieron de pronto marcarse la lejana silueta de un barco.

—¡Un barco!

—Mira a ver si es el de mi hijo...

Crowninshield cogió unos prismáticos y examinó la lejanía.

—Es el "Nathan Ross"—dijo al cabo de unos momentos.

—¡Qué alegría!

—Pero... ¡lleva la bandera a media asta!

—¡No puede ser!

Tembloroso cogió los gemelos y vió efectivamente izada a media asta la bandera norteamericana.

—¡Dios mío! El mes pasado el mar se tragó a mis hijos Noah y Mattehew... y ahora temo una nueva desgracia.

—No augures más tristezas, Jeremías... Llevará la bandera a media asta por el doble duelo.

—Hay algo más... Lo presiento... Me quedan aún dos hijos—dijo con una expresión desgarradora.

—¡Vamos, levanta el ánimo, hombre de Dios! Corramos al puerto y te convencerás de lo infundado de tus sospechas.

—Sí, no perdamos un minuto...

La fragata había atracado ya... y la pasarela acababa de tenderse.

El pueblo se había congregado ante el barco y ya no reía ni daba aquellos gritos de entusiasmo de las otras veces; sabía que el viaje había sido terrible y que el pobre señor Shore perdió dos de sus hijos.

La tripulación estaba de pie sobre cubierta, triste y silenciosa.

Jeremias con su amigo subió a bordo... Sus ojos buscaban al capitán, a su otro hijo Joel... ¿Dónde estaban?

—¿Y Mark?—preguntó mirando a Edward que había salido a su encuentro.

El miserable exclamó con fingida voz de dolor:

—¡Ah, señor Shore, qué terrible desgracia!... Aparte de la muerte de sus dos hijos que usted ya sabe... tengo que comunicarle una noticia cruel.

—¿Qué? ¡Acaba!—dijo angustiado.

—¡El capitán Mark fué asesinado en Sigapore!

—¡Mi hijo!... ¡Mi heredero!

Tuvo que apoyarse en el brazo de Crowninshield para no caer. Sus piernas se negaban a sostenerle... Eran ya demasiados golpes para un hombre solo.

Algunas mujeres lloraban...

De repente el semblante del viejo se iluminó con una postrera luz de angustia...

—Me quedaba otro hijo... ¿Y Joel?

—¡Vive!

—¡Gracias, Dios!

Sus ojos miraron al cielo... Que al menos le dejase a un hijo.

—¿Dónde está?

—Le hemos tenido que traer atado.

—¡Eh!... ¿qué dices?

El anciano se estremeció ante aquel ultraje. Sus manos temblaban prontas a engañar el cuello del acusador.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Edward mintiendo descaradamente, con una desfachatez que los pocos marineros enterados de la verdad admiraban, contestó:

—¡Dejó al capitán Mark durante la pelea en que fué asesinado!... ¡Abandonó a su propio hermano!

—¿Es posible? ¿Es eso cierto? ¡El... uno de mi sangre!... ¡Un Shore!

—¡Así es!

—¡Tráemelo!

Unos marineros corrieron a buscar al inocente muchacho. Iba encadenado como el más vil criminal.

—¡Padre... padre!—exclamó Joel, pálido y triste.

—¡No me toques!—dijo severamente el viejo.

Y luego mirando a Edward, exclamó:

—¡Vamos a mi oficina!... ¡Quiero oír lo que dice el muchacho!

—Como usted quiera,

Se dirigieron todos a la casa de Jeremías...

Las gentes compadecían al pobre Joel. ¡Era imposible que este joven hubiese delinquido en lo más mínimo! ¿Quién iba a saber lo que en realidad había sucedido en tierras tan lejanas?

Ya en su despacho, el viejo increpó a su hijo:

—¿Conque dejaste abandonado a tu hermano, eh?

—Te equivocas, padre. Ignoro lo que ha sido de mi hermano Mark. Le vi en una taberna. Por orden suya me hicieron volver al barco. No sé más.

—¡Eso no es verdad!—gritó Edward, deseoso de perder a Joel —Estaba efectivamente en la taberna, pero al ver que agredían a Mark, huyó. Mis ojos lo vie-

ron... Yo luché, me defendí... pero nada pude hacer para salvarle.

—¡Miserable!—rugió Joel moviendo las manos encadenadas—. Nada de lo que dices es cierto. Y aun creo que lo de Mark es una infamia urdida por ti para perderme.

—¡Decid, hombres de mi barco! —gritó Edward que ya antes había tenido la precaución de gratificar a los tripulantes para que declarasen a su favor—. ¿No es verdad que Joel abandonó a su hermano.

—¡Sí... sí!...

Aquellas palabras acabaron por poner en el alma de Jeremías el convencimiento de que su hijo era un canalla.

—¡Un hijo mío!... ¡Un cobarde! ¡Qué vergüenza!

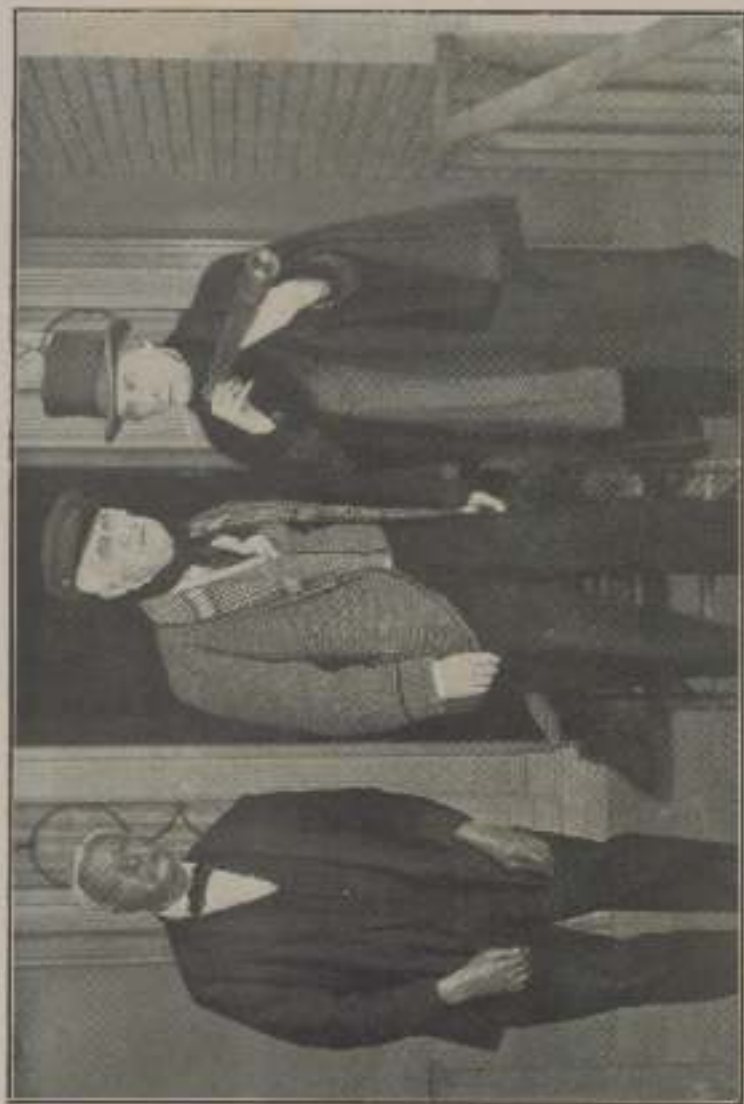
Y sin poderse contener, abofeteó secamente el rostro inocente del buen Joel.

—¡Mienten... mienten!—exclamó el muchacho.

—¡Quitadle las esposas! —ordenó el viejo Jeremías—pero ya pensaré yo lo que se hace con el



— Rendi le successe e ti ti prestite.



— Hea a la fundación de nuestro antol



El capitán Mark fue asesinado en Singapur.



— J'ai de moi!



Joel siguió ocultando el amor que sentía hacia María.



—A Bullet



—Ma finis revendu à la mujer una arco.



...el que dijo: «La facia, un muerzo y...»

muchacho... Desde luego no pienso que vuelva al barco.

Apenas se vió libre, lanzóse Joel desesperadamente contra Edward y le agarró el cuello.

—¡Bandido!

Tuvieron que separarle de Edward, pues de lo contrario, Joel acababa de una vez con las maldades del nuevo amo del barco.

—¡Sal de aquí!—rugió su padre.

—¡Yo te prometo aclarar todo lo que pasa! Y ¡ay! de los culpables...

En el momento de salir vió a María que momentos antes había llegado a la oficina deseosa de correr a abrazar a su compañero de infancia, al hombre que amaba sobre todas las cosas.

So padre le impidió que llegara a Joel.

Estr se detuvo un momento ante María, la criatura que había ale-

grado su infancia y su juventud, y alzando al cielo las manos con además de desesperación, marchó de allí, abriéndose paso entre la gente que le contemplaba con respeto y simpatía.

¡No podían creer en que aquel mozo tan bravo, tan generoso siempre, hubiera cometido una infamia!

María rompió a llorar al verle salir.

Las emociones debilitaban su dulce corazón. Acababa de saber el asesinato de Mark... y lo que era peor para ella... la deshonra que caía sobre Joel acusado de un abandono criminal, repudiado por su padre como una rama dañosa en el árbol ufano de la familia.

¡Joel!... ¡Niño!...

Y la muñequita pronunciaba en voz débil estas palabras, no pudiendo creer que Joel, el amado, tuviera culpa alguna.

...

Aquella tarde Joel tomó sus medidas para luchar contra los que se habían propuesto perderle y habían logrado que hasta el señor Shore, su propio padre, creyera en la deshonra del mozo.

Habló con varios vecinos del lugar, pescadores, marineros... Todos se dispusieron a prestarle su ayuda en lo que fuera necesario, aun lo más difícil y peligroso.

Después de cumplida esta parte de su misión, marchó a ver a su linda amiga María.

Encontro a la mujer que adoraba, pero cuyo amor era para él sagrado, en el plácido jardín de la casa de los Crowninsheld.

La joven corrió a su encuentro y le tendió la mano con honda,

entrañable y afectuosa amistad.

—María—murmuró él, ardentemente—. Necesito de ti una sola palabra, una palabra que me hará feliz o desgraciado... ¿Tú crees que soy culpable?

—¡No!—respondió de modo rotundo, sin dar lugar a dudas, como el que está convencido de la verdad.

—¡Gracias, María!... Y ahora, espero que me ayudarás a salvar a Mark.

—¿Salvar a Mark?

—¡Sí! ¡Mark no está muerto! Me lo dice el corazón. Estoy seguro de que está en Singapore perdiéndose por tu culpa.

—¿Por qué dices esto?

—Porque tú ofendiste a Mark,

rebusando sus besos... y el pobre quiere olvidarte... y para ello se lanzó a la mala vida en aquellas tabernas inmundas de Singapore. Estoy convencido de que vive, de que le encontraré en aquella ciudad.

Esa seguridad no hizo feliz ni mucho menos a María. La idea de que el capitán podía volver a presentarse, le horrorizaba.

—Pero, María, ¿no te alegras de pensar que Mark puede vivir? Ella calló.

—¡Tú eres su prometida, María!... ¡Tú eres la única que le puede salvar!

Esta vez la joven confesó con energía:

—¡Yo no quiero que vuelva... no lo quiero!

—¡Desgraciada!

Con sacrificio heroico, Joel callaba aquel amor que sentía por María, deseando hacer la felicidad de Mark. Mientras no se supiera de cierto que Mark había muerto, María era para él algo de su hermano, la prometida, a la que debía respetar y querer sólo fraternalmente.

—Tú no puedes abandonarle— siguió diciendo el joven—. Piensa que él te quiere... Cuando te lo dijo, tú no protestaste, tú cediste a aquel amor...

—¿Qué querías que hiciera? ¡Si mi padre y el tuyo y todos se empeñaban en casarme!

—No debiste engañar a mi hermano... El se enamoró de ti; te amaba... Tienes ahora la obligación de ir a salvarle.

Y mirándola con ojos dominadores, implacables, añadió:

—Esta noche me he propuesto salir para Singapore y tú vendrás conmigo.

—¿Yo? ¿Tan lejos?... ¿Sin permiso de mi padre?

—No te lo concedería... Pero yendo conmigo es como si fueses con él... Iremos a Singapore, buscaremos a Mark... Si nos convencemos de que ha muerto... entonces, María, entonces, serás libre...

La hermosa mujer escuchó temblorosa de emoción estas últimas palabras.

¡Serás libre! le había dicho él.

¡Oh, esto es lo que deseaba!...

¡La libertad!... ¡El poder desha-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

cerse de una vez de aquellos brazos que no podría amar nunca!

Y valerosa y resuelta como era, tomó una determinación.

Iría a Singapore y si resultaba que Mark estaba muerto, entonces podría unirse ya libremente con el esperado. Y si Mark vivía, ella le

pediría la libertad... y Mark, que no era un mal hombre, se la concedería..

—¿Qué contestas, María?—le preguntó Joel contemplándola fijamente.

—No me importa lo que digan de mí. ¡Iré contigo, Joel!

...

Al anocheecer, María, profundamente turbada, abandonó su hogar encaminándose al puerto donde ya la esperaba su compañero Joel.

Este no había dicho tampoco nada a su padre; aquel viaje sólo se conocería cuando estuviesen en alta mar.

Reuniéronse también en el muelle una docena de fieles amigos de Joel que habían accedido a acompañarle en la expedición.

Ya todos juntos saltaron a la nave, sorprendiendo a Edward y a los demás tripulantes que no esperaban ciertamente tal visita.

Joel llegó al puente y dijo a Edward que le miraba con feroz orgullo:

—Vamos a Singapore... ¡Yo soy ahora el capitán!

—Me hacéis reír, jovenzuelo.

—¿Y ahora?

Y le tumbó cuan largo era sobre unas tablas.

Luego dirigiéndose a los demás tripulantes, les dijo con el tono amenazador del que no admite que le discutan las órdenes:

—¡He traído unos cuantos amigos... para el caso que no os guste lo que yo diga!

—¡Oh, capitán!

—Estos hombres nos ayudarán a llegar sin novedad a Singapore. Quien no esté conforme, que me lo diga.

Nadie se atrevió a protestar.

—¿Todos me queréis, entonces, por capitán?

—¡Sí... sí!

—Pues a las velas y al timón... Cada uno a su puesto. ¡Vamos a partir inmediatamente!

Media hora después la fragata "Nathan Ross" se alejaba de la costa, protegida por las sombras de la nublada noche.

María no pudo reprimir unas lágrimas al sentir el balanceo de la nave que abandonaba aquellas

playas donde ella había pasado su vida.

¿Qué iba a decir su padre cuando se enterase? ¿En qué concepto la tendrían en el pueblo?

Sin embargo, era preciso afrontar las circunstancias. Pensaba que de aquel viaje dependía su porvenir.

De todos modos, no podía volver atrás... Desembarcar era imposible. Ya no tocarían tierra hasta Singapur.

La fragata navegaba lentamente. El viento era moderado y apenas imprimía velocidad a las hinchadas y robustas velas.

Edward y sus hombres, convencidos que si obraban de otra manera, lo pasarían mal, optaron por obedecer y simular una ciega disciplina a las órdenes de Joel.

En el fondo de su alma experimentaban todos el anhelo de vengarse. Y deseaban que se presentase esta hora.

Tal vez cuando llegasen a Singapur, podrían realizar sus interesantes proyectos...

Ignoraban que Mark viviese. Edward estaba seguro de que el

capitán se podría en la lejana tierra.

¡Estúpida manía la de Joel al creer que su hermano vivía!

¿Cómo podía suponer nunca que el antiguo capitán de la fragata se encontrase en un tugurio marítimo de Singapur?

Y sin embargo, esta era la realidad.

Los meses de forzosa reclusión en la ciudad oriental, habían hecho de Mark un píngajo humano.

Borracho siempre, estaba casi enloquecido; era un degenerado.

Vivía en casa de la aventurera, extraña mujer que sentía por él cierta predilección morbosa.

El pobre hombre pensaba, en sus ratos de lucidez, en su casita lejana, en todo lo que formaba el patrimonio honrado de su existencia. Pero apenas quería poner en orden esos recuerdos, volvía a caer en un estado de idiotismo.

Repetía eternamente una canción de sus días espléndidos:

*Ni diez ni mil hombres serían
[bastantes
para contenerlos cuando están
[los tres.*

A veces se interrumpía y rectificaba:

*Para contenerlos cuando están
[los cuatro.*

—¡Cállate! — le gritaba la aventurera—. Hace meses que oigo la misma canción. ¡Me trae loca!

Pero él sin hacerle caso repetía su estribillo.

Una tarde, el desdichado se encaminó hacia el puerto, diciéndose en un coloquio íntimo:

—Voy a ver si llega mi barco como todas las tardes.

Tambaleándose avanzó por los

muelles con la vista fija en el mar por donde creía tenía que volver el buque que le abandonara.

Y vió de pronto que entraba en el puerto una fragata idéntica a la suya con las tres magníficas velas desplegadas y la silueta gallarda y gentil.

Detúvose unos momentos... En su cerebro flotó de nuevo la luz apagada de la razón.

—¡Es mi barco que viene a buscarme!—gritó.

Una profunda alegría invadió todo su ser; y recordó su propia existencia pareciéndole que acababa de despertar de una pesadilla terrible.

Volvía a la vida...

No, no era verdad que él hubiese permanecido en Singapore durante tantos meses; había sido sólo una noche, una noche muy larga, y el barco le esperaba allí para llevárselo otra vez hacia su tierra americana.

La nave había atracado en una de las lejanas dársenas, y el antiguo capitán saltó a un bote y se hizo conducir al costado del barco.

Con el aire del mar acabó de

despejarse su cerebro haciéndole ver claramente la realidad de lo ocurrido.

¿Y él había permanecido durante tanto tiempo fuera de su barco entre el alcohol y una mujer, los

dos igualmente perversos y despreciables!...

¿Estaría Joel en el barco? ¿O acaso su padre? ¡Oh, qué mar de confusiones y de dudas anidaban en su imaginación!

Joel contemplaba alegremente la ciudad de Singapore. Un secreto presentimiento le aseguraba que en ella su hermano le estaba esperando.

María estaba a su lado, llena de temor, pensando en lo que iba a suceder si encontraban a Mark.

La travesía había sido encantadora. Los terribles huracanes del cabo de Hornos no se habían presentado aquella vez, como si el mar se hubiese sentido galante al saber que iba una mujer a bordo.

Las olas no fueron motivo de espanto, sino sinfonía y canción que acompañó al barco durante los largos días.

Joel siguió ocultando el amor que sentía hacia María y ésta no

insistió en demostrarle el cariño que sus ojos con sólo mirarle le expresaban...

No habían hablado de amor, pero en cambio, recordaban las horas de la infancia, sus juegos de adolescentes, todo cuanto tenía sabor de emoción y de dulzura.

Y esos recuerdos decían más a sus corazones que palabras formularias y triviales de pasión...

Pero Joel sabía que era pecado pensar en aquella mujer, y con el alma heroica y valerosa se dispónia a entregar a María a su hermano.

Los dos jóvenes se dirigieron a la cámara del capitán donde Joel cogió de un arcón una pistola.

—Voy a buscar a Mark para traerlo a tu lado.

—¿Ya?—exclamó ella.

Y el recuerdo de aquel hombre la conturbó.

—El vive... ¡Cuánto se alegrará al verte!—añadió Joel.

—¡Joel!...—suspiró con melancolía—. ¡Si lo encontraras, debería casarme con él!

—Cierto.

—¿Y debería amarlo a la fuerza?

—¿A la fuerza? ¿Olvidas que estás comprometida con él?

—Joel... quiero confesarte toda la verdad de una vez... ¡Eres tú, eres tú al que quiero!

Y a tiempo que revelaba este secreto que Joel conocía de mucho antes, se le acercó, sus brazos pretendieron rodearle y su boca rozó la suya para moldearla con un beso amoroso.

Pero Joel, aquel joven prodigio de fuerza y de voluntad, aquel hombre para quien el amor fraternal era primero que todo otro amor, rechazó a la mujer.

—¡Acuérdate que no eres mía... sino de Mark!

—¡Joel... a ti sólo... a ti sólo quiero!

—¡No es posible, muchacha!... Yo soy fiel a mi hermano... y tú eres para él.

Y apartando de nuevo a María que lloraba y le contemplaba extrañada de que aquel hombre mantuviera en grado tan alto la ajena estimación, abandonó la cámara y subió a cubierta.

Ya allí repartió pistolas entre los fieles amigos que había llevado al barco y ordenó que desamarrasen un bote para ir al puerto.

Edward y sus hombres estaban tramando una conspiración.

—Hay que impedir que Joel salga del barco—les dijo—. Podría enterarse de lo que ocurrió con Mark e iríamos a parar todos a la cárcel.

Pero a la vista del capitán y de sus fieles secuaces, todos armados con pistolas, malogróse el intento de insurrección.

—Edward—le gritó Joel con un tono enérgico, casi violento—, vas a llevarme a donde dejaste a mi hermano.

—No recuerdo ya...

—¡Haz memoria!... Tengo un remedio muy útil para ello.

Y acarició el gatillo de su pistola, pronto a disparar, porque estaba deseoso de acabar con la vida de aquel malvado, al que si había mantenido en la fragata era con la esperanza de que le guiase a la taberna donde quedó el capitán.

—¡Bien... procuraré recordar! —dijo con voz humilde el fiero individuo.

—Será mejor para todos.

María volvió a aparecer por cubierta.

Lanzóse otra vez a los brazos

de Joel a tiempo que le murmuraba con ardor:

—¡No vayas!

—¡Déjame, María!

—¡No vayas!—volvió a repetir con los labios junto a su oído—
¿No comprendes? ¡Te quiero tanto!

—¡Aparta! ¡Allá está mi deber!

En aquel momento, apareció sobre cubierta habiendo subido desde su bote por una de las escalerillas de mano tendidas a babor, el capitán Mark Shore.

...

Resonó un grito de espanto, de desagradable sorpresa. Fué tan inesperada la presencia de Mark que muchos creyeron en una aparición sobrenatural.

Edward murmuró una maldición en voz baja. ¿Cómo resucitaba aquel hombre? ¡Ah, el maldito presagio de Joel se confirmaba! ¡Aquel muchacho tenía dotes de adivino!...

¡Mark había escapado, pues, con vida de la puñalada del indígena! ¡Con tal de que éste no hubiese luego hablado!

Maria y Joel contemplaron emocionados a Mark, pero el joven rehaciéndose rápidamente de su impresión, corrió hacia su hermano.

Mark habíase sorprendido al ver a Maria, a la que creía en su país natal. Pero al verla abrazada a Joel, sintió una llamarada de celos que le arrebató el alma y la vida entera.

—¡Mark... Mark!—exclamó Joel abrazándole.

El capitán no respondió al tierno afecto del benjamín de la casa y señaló a Maria que cerca de allí miraba a Mark con espanto.

—Mark... cuenta... ¿qué te ha sucedido?—dijo su hermano.

—Ya te explicaré eso otro rato. Ahora me interesa conocer otra cosa—dijo, severamente—. ¿Por qué Maria está aquí?

—Ha venido a buscarte.

—¿De veras?

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¿No lo ves? ¡María te quiere tanto!

Mark, con una sonrisa feroz, avanzó hacia el sitio donde se encontraba su novia.

Cogió uno de sus brazos y miró fijamente al fondo de los ojos de aquella mujer como si quisiera escudriñar sus más íntimas intenciones.

—¿Viniste realmente por mí?

Ella calló, sintiendo el horror de aquella mirada que le producía frío...

—¿Contéstame!

María movió suavemente la cabeza en señal afirmativa. Pero el menos lince hubiera visto que su voluntad estaba apartada de la contestación.

Los marineros con Edward rodeaban el grupo, pareciéndoles que iba a ocurrir algo sonado.

Mark lanzó una carcajada feroz y contempló a su hermano y luego a María recordando el abrazo que había sorprendido antes.

—Ya sé por qué viniste... y por qué me odias—gritó a María— ¡Es por Joel!

—¡No... no!—exclamó atemorizada la mujercita.

—¡Hermano! ¡No pienses en eso! Te engañas, te atormentas inútilmente. ¡Vuelve en ti!—decía Joel.

—¡Ah, bien te aprovechaste de mi desgracia, Joel, de que me apuñalaran miserablemente!... Huíste con el barco... Debiste pensar que María era ya tuya para siempre... Pero te equivocaste... De mi propia tumba resurgiría para vengarme de ti...

—¡Qué locura, Mark! Por favor, ¡te juro que soy inocente!

—¡Farsante! ¡Y tú, mala mujer, merecerías un castigo implacable! ¡Engañarme con mi hermano!

—Mark... Mark, te juro que... —dijo la joven con arfientes lágrimas en los ojos.

—¡Hipócritas! ¡Me la tenéis que pagar los dos! ¡Os he de castigar!

Se excitaba cada vez más. Veía ahora, claro y diáfano, todo lo sucedido en aquellos pasados meses. De todo era responsable aquel miserable Joel que no había vaci-

lado en robarle el corazón de la mujer que él adoraba.

Cogió un palo, y quiso descargarlo contra Joel. Este lo impidió, tirando lejos el garrote. Al propio tiempo repitió, apenado:

—¡Vuelve en tí! ¡Qué error tan grande sufres, Mark!

Y cubría con su cuerpo la linda y armoniosa figura de María temiendo que el capitán descargara contra ella sus iras salvajes...

—¡Cómo la protejes! ¡Bien se ve que la quieres, bandido!—gritó Mark—. Y habrá sido tuya mientras yo me pudría en un rincón de esta maldita ciudad. ¡Ah, canallas! ¡Yo no puedo aguantar eso!

Parecía loco. Daba miedo su semblante consumido en los largos días de sufrimiento y de mala alimentación... Sus ojos negros y llantes le saltaban de las órbitas... Temblaban sus labios de ira...

—¡Atadle!—gritó de pronto

Joel al ver que de nuevo su hermano cogía un palo.

Edward y sus hombres vacilaron, pero los amigos de Joel corrieron a cumplir la orden.

—¡Dejadme! ¡No me toqueis!—rugió Mark.

—¡Es necesario, hermano! Ya que no atiendes a razones, haz por impedir que puedas hacer daño. Estoy convencido de que tus ojos verán pronto la verdad.

Le parecía que era imposible que Mark siguiera con aquella espesa venda que le impedía contemplar la luz de la justicia, reaplaciente y eterna.

A duras penas, Mark pudo ser llevado a la bodega.

Amenazaba ferozmente a su hermano y decía a María:

—Me vengaré de tí, mujer. He de hacerte pagar cara tu ingrati-

Edward se dirigió a la bodega donde Mark se encontraba preso.

Este seguía rugiendo poseído de un odio feroz, insensato contra los que creía traidores.

Joel, que había acompañado a María a su camarote, se dirigió a la bodega. Se sentía triste por haber tenido que tomar aquella dolorosa determinación de apresar a su hermano.

—Cuando estés en tus cabales, Mark—le dijo—, te entregaré al mando del barco.

—Y yo, entonces, te entregaré a los tiburones.

—¡Vamos, no seas así, Mark! Convéncete de mi nobleza.

—No te creo. Tu conciencia te acusa.

—Todo lo contrario. Me dice que cumplo con mi deber.

—¡Cínico!

—¿Por qué me odias, Mark?

—¡Ya lo sabes! ¡Querria verte muerto!

—Mark... ¿cuando despertarás de esa pesadilla? Piensa que vine a Singapore a salvarte... que no hubo en mí más que intenciones generosas.

—¡Maldito! ¡Tú no eres mi hermano!... ¡Me has robado a la mujer que amo!

—Mark, te juro que María sólo vino por ti.

—Pero te sorprendí abrazado a ella.

—Era una caricia fraternal, Mark... Tú sabes bien que María

y yo hemos sido compañeros de infancia.

—¡No puedo creerte! Todo te acusa.

—Nadie podrá decir lo que no es verdad—exclamó dignamente el muchacho.

—Alto ahí... Yo sé algo de esto—gritó Edward con la alegría del que puede apurar su feroz odio.

—¡De tu boca sólo puede salir veneno, traidor!—dijo Joel.

—¡Déjale que hable!...

Edward continuó:

—Pues, ¡ca! hasta ahora había callado por demasiado bueno que soy. Pero mi bondad ya ha terminado... No quiero que vivas en las incertidumbres, Mark.

—Habla de una vez.

—La verdad es que Joel te abandonó en Singapore para traicionarte con María.

Mark se estremeció agitando sus brazos encadenados.

—¡Mientes!—rugió Joel.

—¡No lo niegues! Mark, tu hermano te abandonó en Singapore con la esperanza de que murieras y poder él casarse con María.

—¡Ah, perro! ¡Embustero! ¡Voy a arrancarte la lengua!

Y loco de furor, Joel cayó sobre Edward y ambos hombres emprendieron una lucha feroz, de gentes primitivas de la selva.

Mark se debatía en su impotencia. Sus ojos saltaban sangrientos, chorreaba de sus labios una espuma sonrosada.

—¡Mátalo... Edward!—gritaba en el paroxismo del odio que sentía contra su hermano.

—Eso voy a hacer... Te lo juro.

—¡No podrás!—decía Joel.

Cayeron ambos combatientes por tierra, voltearon sobre el duro suelo abrazados con las uñas engarfiadas y clavadas en la carne.

—¡Mátalo! ¡Mátalo!—seguía diciéndolo el ex capitán.

Edward era hombre corpulento, vigoroso y el joven Joel era delicado y débil.

La lucha pronto adquirió un aspecto doloroso para el joven. Edward le aprisionó definitivamente bajo él, agarrotándole con sus piernas el congestionado cuello.

—¡Ya estás vencido!... ¡Aho-

ra voy a apretar hasta que saques un palmo de lengua!

Pugnaba el desdichado para quitarse aquel feroz dogal.

Le faltaba la respiración. Ya no podía más... Otros minutos de aquel peso terrible y la vida se escaparía de su cuerpo.

Mark, que hasta entonces había dado grandes gritos de júbilo contra su hermano, deseando que éste fuese vencido, enmudeció de repente.

No le parecía aquello una lucha cara a cara... Su hermano no podía moverse, y el otro apretaba demasiado...

—¡Déjale que se levante... que pueda defenderse!—exclamó.

—¡No!... ¡Quiero matarle así!

—Pero frente a frente ¡demo-nio!... no asesinándole así.

—Es lo único que merece.

Y siguió apretando mientras el pobre joven daba un tenue suspiro de agonizante.

En aquel instante pareció bullir en el corazón de Mark toda aquella gloriosa sangre de los Shore, sangre que se derramaba siempre generosamente por el hermano.

Aquel pobre muchacho que estaba a punto de morir, impotente, sin poder defenderse entre las piernas de un adversario, atlético como un gladiador, era su propio hermano.

Y sintió sublevarse toda su alma, toda su vida, y en un cambio brusco, en una transformación radical de sus sentimientos, olvidó que Joel le había quitado—según Edward había dicho—la amada novia, le había hecho tanto daño abandonándole en Singapore.

Hablaba sólo la voz de la sangre, aquella misma voz que había obrado milagros en el corazón del propio Joel, haciéndole acallar sus amores para rendirse en glorioso holocausto al cariño fraternal.

—¡Es mi hermano!... ¡Es mi hermano al que estás matando!—gritó.

—¿No lo querías tú así? Pues te estoy complaciendo.

—¡Déjalo! ¡Te lo mando!... ¡Luchad frente a frente!... Pero no así.

—¡Imbécil! Si no te callas... seré yo quien te castigaré...

—¡Oh, infame!... ¡Joel... po-

bre Joel!... ¡No le hagas daño, Edward! ¡Que Dios te valga si puedo desatarme!

Realizó un esfuerzo sobrehumano para romper las cadenas que apresaban sus brazos y al fin, rojo y congestionado, logró verse libre.

Respiró dando un terrible aullido de guerra como la fiera de la selva que va a caer sobre su enemigo.

Y lanzóse contra Edward para impedir que éste acabase de rematar a Joel.

Pero Edward se levantó y le es-

peró con una sonrisa tranquila. La masa ciega y pesada de Mark cayó sobre él, pero el contramaestre era más hábil y deshaciéndose de su enemigo, le tumbó en tierra.

—¡Imbéciles! ¿Qué os habíais creído?—gritó con sonrisa de vencedor—. Esto es lo que yo quería... Deshacerme de los dos... Ahora el barco es mío... y la mujer también.

Y salió rápidamente de la bodega después de cerrar con llave.

—¡Al diablo los dos! ¡Qué se pudriesen!

...

Mark alzóse lentamente. Al ver junto a él el cuerpo inanimado de Joel, sintió una profunda amargura.

Miró a su hermano y parecióle absurdo todo cuanto había ocurrido poco antes.

¡Dudar él de Joel! ¡Dudar él del benjamín de la casa, inocente e ingenuo, incapaz de hacer daño a nadie!

Pero ¿qué venda de ceguedad había tenido en los ojos?

Aquí el único criminal, el único malvado era Edward cuyas últimas palabras habían demostrado claramente sus intenciones.

¡Pobre Joel! ¡Haber injuriado aquella alma bondadosa!...

Asustado puso la mano sobre el

corazón del jovencito temiendo que hubiera cesado de latir.

Por fortuna, aunque muy débil e irregular, funcionaba la viscera motora.

Le acarició, frotóle las sienes mientras le decía dulcemente:

—¡Abre los ojos, muchacho... háblame!...

Tras muchos esfuerzos y cuando ya desesperaba de que pudiera volver en sí, Joel se agitó lanzando un doloroso gemido y luego miró a su hermano con espanto.

—¡Perdóname... Joel!...—exclamó Mark con emoción—. Me parece que he sido injusto contigo. ¡Háblame, hermanito mío!... Antes estaba loco... Ahora no...

Quiero creerte... que me confieses toda la verdad.

—Mark...

Estuvo mucho tiempo sin poder pronunciar más que aquel nombre hasta que de pronto, incorporándose penosamente, habló:

—Te digo lo de antes, Mark... Nunca me he olvidado de que eras mi hermano... María ha venido por ti... Yo la he respetado con toda mi alma... ¡Te lo juro!

—¡Sí... ya te creo... ya te creo!...—decía con lágrimas en los ojos— Y lo de Singapore, tú tampoco tuviste la culpa, ¿verdad?

—¿Cómo iba a tenerla si tú me mandaste al barco y allí permanecí atado sin moverme hasta llegar a nuestra tierra? Fui objeto de toda clase de malos tratos, Mark... Estoy seguro de que Edward quiere perdernos a los dos... Tal vez él mismo sea el hombre que ordenó que te quedaras en Singapore.

—No andas desencaminado, do... Siempre fué vil y ahora... porque de él hay que esperar lo to-

¿No sabes que nos ha encerrado aquí y que me ha pegado y ha lanzado sordas amenazas de que iba a quedarse con el barco... y hasta con María?

—¿Ves, Mark, ves, cómo yo no te engañaba? Es él... el bandido que mintió ante mi padre y me acusó de haberte abandonado.

—¡Joel, hermanito, perdóname!

—¡Te perdono, Mark!...

—Y ahora es preciso salir de aquí... ¡Pobre María! Tal vez sea víctima de la barbarie de Edward.

—No perdamos tiempo.

Para aquellos dos hombres ya no existía más que el amor fraternal, prodigioso milagro del cariño.

Corrieron hacia la puerta... Apretaron en vano. ¡Imposible!

En aquel momento escucharon unos disparos que rasgaron el silencio del mar.

Sus almas se estremecieron.

¿Qué ocurría allá, arriba, sobre cubierta?

Edward con sus hombres se había sublevado...

—Ha llegado la hora de convertirnos en amos y señores del barco—les dijo—. Quien no quiera obedecer, probará el gusto de nuestro hierro.

Armados con pistolas se dirigieron al puente, al timón y a todos los lugares estratégicos de la fragata, intimando a rendirse a los amigos fieles de Joel.

Estos contestaron con una descarga al propósito de sedición.

María, que había permanecido hasta entonces rezando en su camarote, subió a cubierta y corrió al lado de las gentes de Joel, excitándolas a la victoria.

Ignoraba lo que había ocurri-

do. Pensaba que tal vez su buen Joe hubiese muerto.

Pero era preciso luchar y defenderse hasta morir si no querían caer en manos de aquellos bandidos.

Los disparos se cruzaban por ambas partes con rapidex aterradora; habían caído ya numerosos hombres.

Los fieles a Joel perdían terreno. Pero María con varios de sus hombres luchaba junto al timón defendiéndose con verdadero heroísmo.

Edward avanzaba sonriente, teniendo la mirada fija en aquella mujer.

—Hay que cogerla viva—dijo riendo a sus hombres—. Ella me

servirá para aplacar las iras y fatigas de mi estúpido viaje.

Y Edward con varios de sus esbirros había llegado ya al timón y después de herir a los heroicos defensores de la nave, lanzose contra María con un aire lúbrico y canallesco.

—¡Esta vez no te escapast!... ¡No llores, niña!... Mark está preso... y Joel también... Tus sonrisas van a ser para mí solo.

—¡Nunca... nunca!... ¡Antes morir!

—Te aseguro que cambiarás de opinión...

Dos hombres avanzaron hacia ellos, revólver en mano y con una energía feroz en la mirada.

¡Ah, diablo! ¿Cómo estaban allí? ¿Cómo habían podido escapar?

¡Eran Mark y Joel Shore!

Estos dos hermanos al escuchar el rumor de los disparos y temiendo por María, hicieron saltar a tiros la cerradura, logrando al cabo de un gran esfuerzo, llegar a cubierta.

Edward retrocedió y María pudo ser salvada de los miserables.

La lucha presentaba un nuevo aspecto.

—¡A ellos, camaradas!—gritaba Joel excitando a sus hombres al combate.

Y éstos, que por un momento habían creído que Joel estaba muerto, al verle allí sintiéronse llenos de energía y de valor y recomprendieron con mayores bríos el combate.

Un cuarto de hora después la batalla se había inclinado a favor de los fieles.

Edward había huido a ocultarse en un rincón del barco, mientras sus secuaces eran apresados por las gentes de Joel.

Ya no resonó un disparo más... Volvía la calma tras el momento de perturbación y de muerte.

Joel, sonriente, miró a María.

—María... hermanita—exclamó—. No le tengas ya miedo a Mark... Al fin se ha convencido de que ni tú ni yo somos culpables.

La joven no pudo evitar, a pesar de todo, un gesto de disgusto al ver que Mark la contemplaba.

—Sí, María—agregó Mark—. No me temas más... Conozco la

verdad... Sé que noblemente habéis venido a buscarme... ¡Cómo me alegró al saber que me quieréis, que no es verdad la traición que imaginé!...

—Mark, ¿podías creer en que un Shore, en que uno de tu sangre te traicionara?—dijo Joel.

—Fui un loco, bien me doy cuenta. Merezco un castigo por haber dudado de vosotros... María... Joel. ¿Cómo os querré siempre!

La joven temblaba.

Había llegado el momento temido, el momento supremo en que era preciso confesar la verdad.

Ella no podía amar a Mark, hiciera éste lo que hiciera, se portara tan noble y caballerosamente como el que más... El amor no entiende de eso. Se ama porque sí, sin preguntar la causa y el motivo.

Y ella no amaba, no amaría nunca al capitán.

Joel contempló a la muchacha.

Sintió en el alma una extraña desazón. Iba a perder para siempre la posibilidad de conseguir el amor de aquella mujer.

Pero, ¿qué importaba, si Mark era feliz?

Mientras tanto, el miserable Edward arrastrándose por entre las vergas de la fragata había llegado, sin ser visto por nadie, muy cerca del sitio donde platicaban María y los dos hermanos.

Sonrió criminalmente. En sus manos apareció una flecha negra y brillante.

—¡Me las pagarás!—rugió al ver a Mark acariciando a María.

Y lanzó contra él el veloz acero y la flecha vino a clavarle justa, mortal, en la espalda del pobre Mark, saliéndole por el pecho.

El desgraciado lanzó un grito espantoso. Sentía un dolor ardiente, cruel...

Cayó en brazos de María...

Ésta y Joel contemplaron un instante la flecha traidora.

Vió Joel a Edward que huía por la cubierta.

—¿Tú, bandido! ¿Tú?

Comenzó a perseguirle dando gritos de odio... ¡Había matado a su hermano!

Edward corría desesperadamente, pero Joel le dió alcance cuando

el asesino se encontraba ya de pie en el botalón de la nave.

—¡Criminal!— rugió Joel lanzándose contra él.

—¡Lástima que la flecha no haya servido para los dos! Pero no importa; a ti te echaré al mar— gritó Edward.

—¡Pruébalo, bandido! Uno de los dos ha de caer.

Se tambaleaba sobre el estrecho tablón viendo abajo las aguas grises y profundas.

Era un combate feroz de dos hombres que empleaban no sólo los puños, sino las uñas y los dientes.

El bien tarda en vencer, pero indefectiblemente triunfa del mal.

Y Joel, símbolo de la justicia, arrojó al mar de un formidable puñetazo al feroz y bárbaro Edward.

El miserable había caído sin conocimiento.

Vió Joel cómo las aguas formaban un remolino y cómo se traga-

ban para siempre a aquel ser abyecto al que debían tantos dolores y tristezas.

Volvió Joel al lado de su hermano y de María...

—¡Mark... Mark!... Edward, el que disparó la flecha, ha muerto ya... Abre los ojos...

Le abrazaba tiernamente, llorando, viendo como la vida se iba apagando de aquel cuerpo que fué tan ropusto.

Mark le miró, acarició una de las manos de María... después las de Joel...

Pareció querer decir algo, pero en sus labios se apagó la última voz... y el postrer suspiro...

Se estremeció... y quedó muerto.

—¡Mark! ¡Mark!—gemía desesperadamente el pobre joven.

—¡Reemos por él, Joel!—dijo serenamente la muchacha—. ¡Ya ha acabado de sufrir!

Y sus oraciones se confundieron hacia el cielo.

Renacida la paz, la fragata abandonó Singapore.

En el puerto se había encontrado el cadáver del bandido Edward.

El capitán Mark fue echado en el mar que él había adorado tanto.

Antes de que descansara en el cementerio de una tierra extraña, oriental, Joel quiso que fueran las aguas, eternas y hermanas en todas partes, las que guardasen su cuerpo.

¡El mar... el cementerio de los Shore!

Mark no se encontraría allí tan solo: estaban los otros dos hermanos caídos también en la ruta trágica de Singapore.

Luego, tras unos días de navegación fue desvaneciéndose el espectáculo de la muerte.

Y por encima de él triunfó el amor...

Esta vez Joel, aunque lamentando con toda su alma lo ocurrido a su hermano, podía dirigirse sin temor alguno ni miedo a profanación, a la dulce María.

La amaba. Y ya que ahora no había obstáculos que se opusieran a aquel cariño, pidió su mano.

Y María, que no había esperado más que eso durante toda su vida, le ofreció los labios en prueba sincera, eterna, de que nada podría separarles en adelante.

Viaje de amor... viaje de júbilo.

Pero a medida que avanzaban hacia la tierra natal, los dos enamorados temblaban...

¿Qué ocurriría allí?

¿Cómo les recibirían sus padres?

¿Lograrian su perdón?

Estaba de Dios que tras tantas fatigas y sufrimientos debían encontrar el encanto de la dicha.

Perdonó el viejo Jeremías a su hijo, después que los antiguos esbirros de Edward, que habían sido llevados presos a bordo, confesaron la responsabilidad del criminal y la conducta, pura y sin mácula, de Joel.

Y también el señor Crowninshield perdonó...

¿Qué remedio le cabía sino hacerlo?

Además, habían sido tan nobles, tan sinceras las causas que obligaron a María a embarcar en la fragata...

Estrechó a su hija en sus brazos.

¡Pobre Mark! ¡Lástima de buen mozo! Pero se consolaba pensando que Joel, otro Shore, iba a ser su yerno.

No era tan fuerte como el otro, pero en su pequeñez había heroísmo y entusiasmo demostrado con creces.

Más tarde se celebró la boda...

Y los dos jóvenes quisieron vivir su luna de miel en su pueblo natal, cansados del mar que tan duramente les había tratado y con un ansia inefable de vivir en lo sucesivo en tierra firme.

FIN



La deliciosa novela

LA ACTRIZ

por **Norma Shearer**
y **Ralph Forbes**

Sentimental asunto de gran éxito



Portada a todo color - 16 magníficas ilustraciones en papel couché

En breve:

La novela de la modistilla



*Publicación semanal dedicada a
las simpáticas obreras de la aguja*

Bellos asuntos de buen tono

Artísticas portadas

Lectura amena

Precio 30 céntimos

SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

FORMIDABLE ÉXITO DE

LA NOVELA DEL CHOFER

▼

Publicación semanal de novelas modernas

Primer número, que acaba de aparecer:

La amiguita del chofer

(Primera edición agotada)

Próximo número:

**Por qué se mató
mi novia**

En prensa:

Mi aventura de París

▼

Abundante texto - Excelentes asuntos

Precio 30 céntimos

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

NÚMEROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mac Murray, John Gilbert y Roy d'Ancy. — El Gran Destile, por John Gilbert y René Adreé. — Miguel Sirogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nushah Kovonko y Tina Meller. — La princesa que supo amar, por Huguette Duffos y Charles de Roche. — El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita. — Su familia, por Leslie Shaw. — Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno. — Nantos, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien. Cobra, por Rodolfo Valentino. — El fin de Montecarlo, por Francesca Berial y Jean Angelo. — Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert. — Zazá, por Gloria Swanson. — Adiós, juventud!, por Carmen Boni. — El judío errante, por Gabriel Gabrio. — La mujer desnuda, por Louise Lange, Ivan Petrovich, Nina Naldi, etc. — Casanova, por Ivan Mosjoukine. — Hotel Imperial, por Pola Negri. — La tía Ramona, por Luisa Fernanda Sala. — Don Juan, el hurador de Sevilla, por John Barrymore. — Noche Nupcial, por Lily Damita. — El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell. — Beau Geste, por Ronald Colman. — Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy. — La Mariposa de Oro, por Lily Damita. — Ben-Hur, por Ramón Novarro. — El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson. — La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich. — La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo. — Trípoli, por Esther Ralston y Charles Farrell. — El Rey de Reyes. La ciudad castigada. — Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino. — Águilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque. — El Sargento Malacara, por Lon Chaney. — El Capitán Sorrell, por H. B. Warner. — El Jardín del Edén, por Corinne Griffith. — La Princesa mártir, por Lucienne Legrand. — Ramona, por Dolores del Río. — Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman. — El Príncipe estudiante. — Ana Karenina. — El destino de la Carne. — La mujer divina. — Alas. — Cuatro hijos. — El carnaval de Venecia. El ángel de la calle. La oficina ciza. El enemigo. Amantes. Moulin Rouge. La Bailarina de la Opera. Ben-Alt. Los Cuatro Diablos. (Rie, payaso, rief, Volga, Volga. La Sinfonía Patética. Un cierto muchacho y Nostalgia!...

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbadó, 16. — Madrid: Ferraz, 21.



EB

Precio: 1'50 ptas.